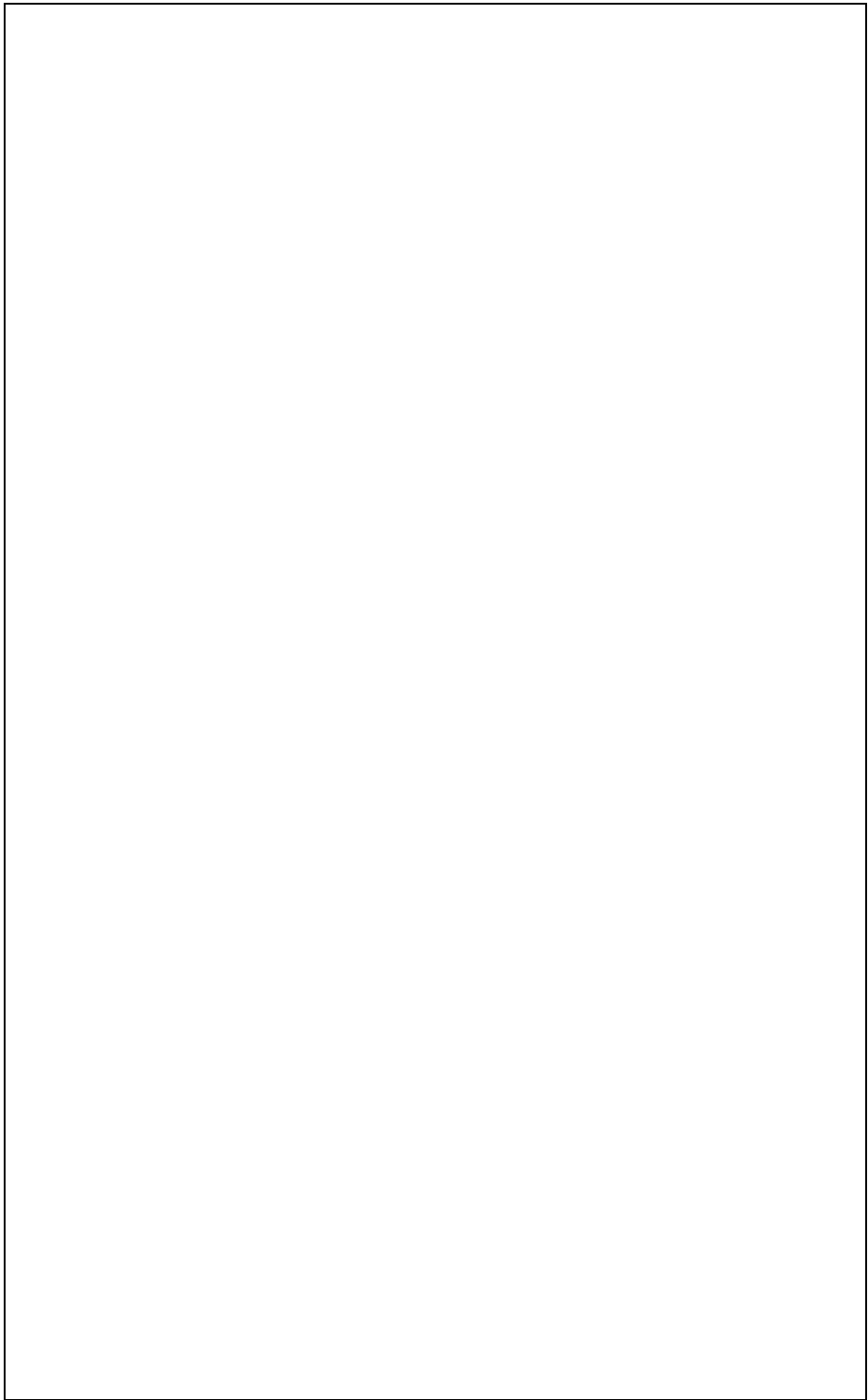


GUSTAVO GONZÁLEZ VILLANUEVA

**LA SANTIDAD SACERDOTAL
EN LOS ESCRITOS Y EN LA VIDA
DEL BEATO MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER**

**PROMESA
Centenario 2**



La santidad sacerdotal
en los escritos y en la vida
del Beato Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer

Serie: Centenario

Directores de Colecciones

- Antropología:** Jutta Burggraf (Alemania)
Arquitectura: María Antonia Frías Sagardoy (España)
Biografías: Gustavo González Villanueva (Guatemala)
Cine: Pedro Antonio Urbina (España)
Educación: Concepción Naval (España)
Encuentros Culturales: Helena Ospina (Costa Rica)
Espiritualidad: Javier Abad Gómez (Colombia)
Familia: Ana María Navarro (España)
Filosofía: Cecilia Echeverría (Costa Rica)
Literatura: Jorge Mario Cabrera (Costa Rica)
Milenio: PROMESA (Costa Rica)
Orientación Familiar: María Adela Tamés (Colombia)
Poesía: David Mejía Velilla (Colombia)
Temas de Actualidad: Jorge Scala (Argentina)
Teología: Josep–Ignasi Saranyana (España)

LA SANTIDAD SACERDOTAL

EN LOS ESCRITOS Y EN LA VIDA
DEL BEATO MONS. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

GUSTAVO GONZÁLEZ VILLANUEVA

SEGUNDO SIMPOSIO TEOLÓGICO PASTORAL
Seminario Mayor Diocesano N. S. del Camino
Diócesis de Sololá–Chimaltenango
Guatemala de la Asunción
7 a 10 de agosto 2001

PROMESA
Centenario 2

291.61
G643s

González Villanueva, Gustavo

La Santidad sacerdotal en la vida y en los escritos
del beato Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer /
Gustavo González Villanueva;

—1a. ed. — San José, C.R. : Ediciones Promesa, 2002.
68 p. ; 21 x 14 cm. — (Centenario n° 2)

ISBN 9968-41-019-5

1. Escrivá de Balaguer, Josemaría. 2. Clero.
3. Vocación sacerdotal. I. Título. II. Serie.

Portada
Medalla Conmemorativa
de la Beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer
Roma, 17-V-1992

Dirección: Helena Ospina
Edición: Leticia Carrillo
Coordinación: Erika Chinchilla

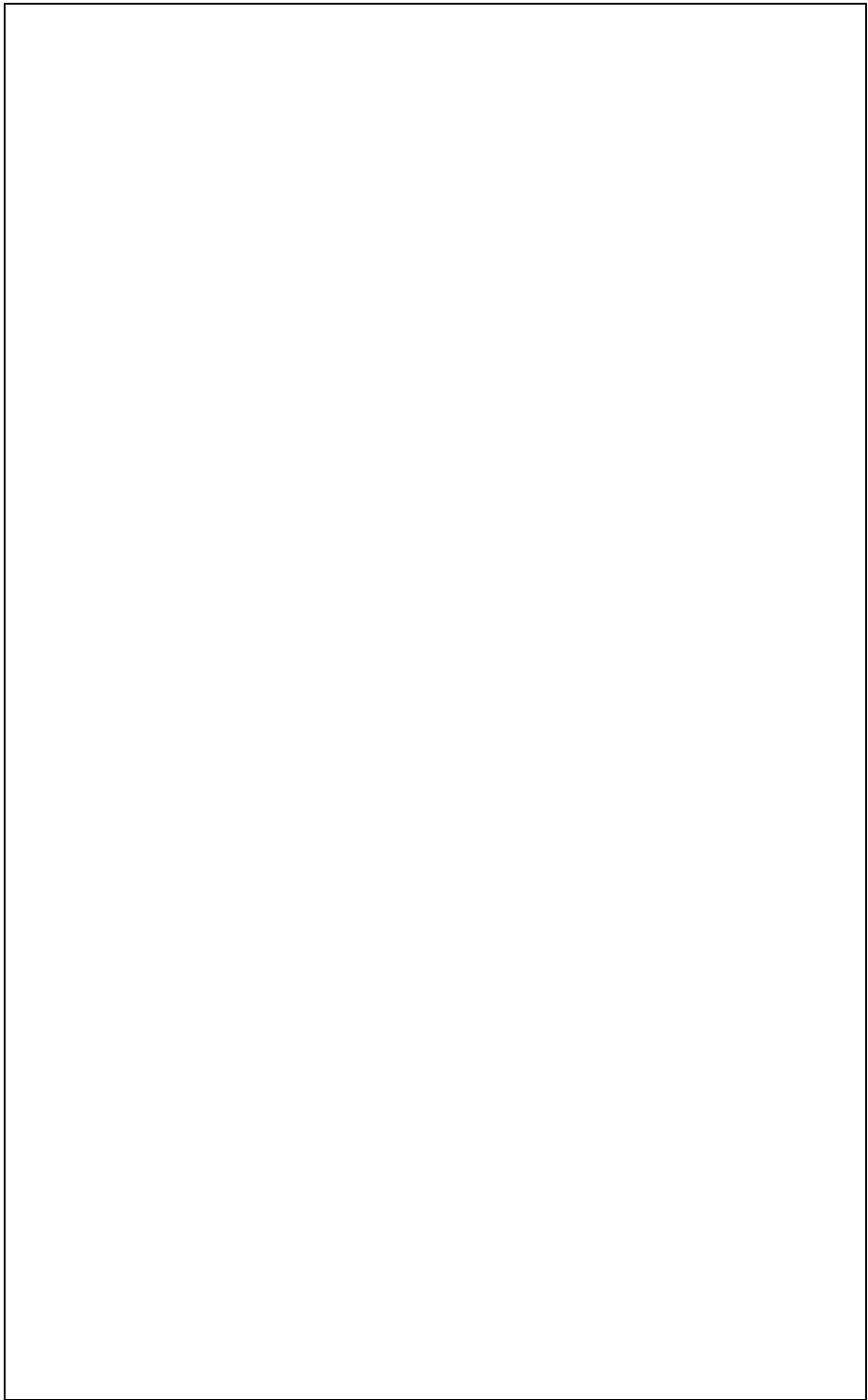
Derechos reservados
Hecho el Depósito de Ley
Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
por cualquier medio, sin permiso de la editorial.

© PROMESA
Promotora de Medios de Comunicación, S. A.

Edificio Electronic Engineering
Costado Oeste de la Universidad de Costa Rica
Teléfono: (506) 283-3033 Fax (506) 225-1286, 283-4597
Apartado 4300-1000. San José, Costa Rica
edicionespromesa@hotmail.com

Índice

I.	“Juglar de Dios”	9
II.	Voluntad divina	13
III.	Identidad del sacerdote	17
IV.	La Santa Misa	23
V.	Vocación a la santidad.....	27
VI.	Sed de Cristo	35
VII.	Intimidad divina	39
VIII.	Afán de santidad.....	43
IX.	Caridad pastoral.....	47
X.	Programa pastoral del nuevo milenio	51
XI.	Signos visibles.....	55
XII.	Amor a la Santísima Virgen	57



I

“JUGLAR DE DIOS”

Antes de abordar el tema se impone una aclaración. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer “no pretendió jamás ser un *autor*, a pesar de que figura entre los maestros de la espiritualidad cristiana” (1). Lo publicado durante su vida es muy poco, en relación con lo que escribió. “Maestro del buen humor”, como alguien le ha llamado, comentaba que era Escrivá y que escribía, que escribía mucho. Ha de añadirse que, tan importante e ingente como lo escrito, es lo transmitido de viva voz por su predicación incansable, haciendo muchas veces –como decía– de “juglar de Dios”. Tertulias con centenares y millares de personas, en las más diversas circunstancias de lugar y de tiempo, con los públicos más heterogéneos, el Beato Josemaría llevó a cabo una catequesis, una “gran catequesis”, que la historia de la Iglesia recogerá en sus anales como un fenómeno extraordinario, vivido con la naturalidad del padre de familia de que nos habla el Evangelio (2). Su gran catequesis, con el cañamazo de la llamada universal a la santidad y la filiación

divina, la teje con un apasionado amor a Jesucristo, a Santa María, a la Iglesia y al Papa, y un apasionado amor al mundo, aquí, ahora, con la audacia y la fortaleza de la Fe.

Esta enseñanza oral se encuentra recogida en apuntes, grabaciones. Caso primero en la historia de los santos, se cuenta con películas que lo muestran en el momento vivo de la transmisión de su enseñanza. Ha quedado “escrita” por la cámara, su mirada, su sonrisa, sus gestos, sus emociones, sus silencios, como sus interpelaciones y sus exigencias de sacerdote–sacerdote, decidido, desde el primer momento, a ser santo, “aunque fuera a palos”, y decidido a urgir a muchos, a todos, a dar el paso decisivo hacia la santidad.

Limitándose al “examen atento y detallado de los escritos” puede perfilarse un retrato real del hombre y de la doctrina, afirma el teólogo Cornelio Fabro. “Porque –señala– Escrivá de Balaguer tiene la fuerza de los clásicos, el temple de un Padre de la Iglesia... Su doctrina tiene tal vigor que, aunque no se hubiese plasmado en la realidad eclesial del Opus Dei, podría decirse que ha abierto una nueva época para la Iglesia” (3). “Los escritos de Monseñor Escrivá de Balaguer –comenta– revelan el temple excepcional de sacerdote en la Iglesia contemporánea... (Su) aspiración constante (...) fue la santidad de las almas realizada en las más variadas situaciones de la vida, vocación a la santidad como fidelidad y desarrollo de la filiación divina que el cristiano recibe en el Bautismo” (4).

Por su parte, el Profesor Salvatore Garófalo manifiesta: “El día que sea posible disponer de la

gran mole de sus escritos inéditos, se podrá valorar plenamente la posición privilegiada que Monseñor Escrivá ocupa en la espiritualidad de nuestro tiempo y de los tiempos venideros” (5).

El Profesor Pedro Rodríguez, en la conferencia inaugural del Congreso Universitario del Cono Sur, *Hacia el centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá*, celebrado en la Universidad Austral (Buenos Aires) del 28 de junio al 1 de julio del presente año, reflexionaba así: “El Beato Josemaría tenía una inspiración más allá de la que mueve a cualquier ‘autor’ a escribir un libro. Fue el deseo de llegar a un número creciente de almas de acuerdo a la misión divina que recibió el 2 de octubre de 1928: llegar a ser almas contemplativas en medio de la calle”.

Se imponía esta aclaración porque quiero acotar el tema que se me ha propuesto desarrollar: deseo ceñirme a un sólo escrito, a la Homilía que el Beato pronunció el 13 de abril de 1973, Viernes de Pasión y conmemoración, en ese entonces, de los Siete Dolores de la Santísima Virgen. La Homilía se titula *Sacerdote para la eternidad*. No puede pasarse por alto el tiempo y el día litúrgicos en que es pronunciada, ya que la oración del Beato Josemaría –para él predicar era hacer su oración personal en voz alta– brotaba de esas circunstancias ordinarias de la vida.

Viernes de Pasión: el Maestro que endereza sus pasos hacia Jerusalén para extender sus brazos en la cruz –Sumo y Eterno Sacerdote–; los Siete Dolores de la Santísima Virgen, la esclava, la ancilla, que sigue a su Señor: *El trono de María*,

*como el de su Hijo, es la Cruz (6). Soledad de
María. ¡Sola! –Llora, en desamparo (7).*

II

VOLUNTAD DIVINA

Al acercarse su último curso de bachillerato, verano de 1917, Josemaría manifestó a sus padres lo que había decidido: estudiaría Arquitectura. Su padre, don José, sopesando las cualidades del hijo, insinuó la abogacía. Pero la decisión del muchacho era firme: quería ser arquitecto. Transcurrieron los meses del verano. Llegó el invierno. Más crudo que nunca. La temperatura bajó a quince grados bajo cero. Y una de esas mañanas –tiempo de Navidad– Josemaría vio, miró, contempló, asombrado, las huellas de unos pies descalzos en la nieve. Hablando de su vocación al sacerdocio, confiará en 1964 a Monseñor Álvaro del Portillo: *¿Cuál ha sido el origen de mi vocación sacerdotal? Una cosa aparentemente fútil: la huella de los pies descalzos de un carmelita sobre la nieve* (8). “Se trató de un cambio dictado –dice Monseñor Álvaro del Portillo– por la disponibilidad para hacer algo grande, heroico si fuese necesario, por el Señor; la disponibilidad que busca activamente seguir la Voluntad divina”(9).

Habló con su padre acerca de su nueva decisión. Don José se conmovió hasta las lágrimas: era el hijo mayor, contaba seguramente con él para sacar adelante la familia, el negocio. Le hizo ver la seriedad y la responsabilidad que suponía esa elección:

–“Pero, hijo mío, ¿te das cuenta de que no vas a tener un cariño en la tierra, un cariño humano?

Mi padre se equivocaba. Se dio cuenta después.

–...No vas a tener una casa –*¡se equivocaba!*–; pero yo no me opondré.

Y se le saltaron dos lágrimas; es la única vez que he visto llorar a mi padre.

–No me opondré; además, te voy a presentar a una persona que te pueda orientar” (10).

Comenzó a tener dirección espiritual con un carmelita. Pasados los meses y a la vista de sus disposiciones, el carmelita le sugirió ingresar en el Orden del Carmen. Josemaría lo consideró en su oración. Se dio cuenta de que el Señor le llevaba por otros rumbos. Decidió, para responder a su “secreta inquietud”, hacerse sacerdote. Así estaría disponible para lo que Dios quisiese. *Mi Madre del Carmen* –encontramos anotado en sus *Apuntes*– *me empujó al sacerdocio. Yo, Señora, hasta cumplidos los dieciséis años, me hubiera reído de quien dijera que iba a vestir sotana. Fue de repente, a la vista de unos pies descalzos de un religioso Carmelita, sobre la nieve* (11).

El 6 de noviembre de 1918 presentó al Obispo su solicitud, “sintiéndose con vocación

eclesiástica”, para examinarse en Latín, Lógica, Metafísica y Ética, y poder cursar el primer año de Sagrada Teología. Solicitó al mismo tiempo al Obispo de Barbastro el *Exeat* para la Diócesis de Calahorra. La respuesta llegó puntual: “lo excardinamos de esta diócesis de Barbastro y transferimos toda la jurisdicción que sobre el mismo nos corresponde, *ratione originis*, al Excmo. Sr. Obispo de Calahorra que podrá conferirle todas las órdenes menores y mayores si lo considera conveniente” (12). En sus *Apuntes* Josemaría anotó: *Yo recuerdo con qué cara de lástima –y como mirándome por encima del hombro– se fijaban en mí los compañeros de Instituto, cuando, al terminar el bachillerato, comencé la carrera eclesiástica* (13).

El 4 de marzo de 1925, después de solicitar y obtener la dispensa pontificia por defecto de edad canónica, solicitó al Vicario Capitular de Zaragoza –concluidos los estudios en el Seminario de San Carlos de la misma ciudad– las *letras dimisorias* para recibir el Sagrado Orden del Presbiterado en las Témperas de Cuaresma, ya que se sentía llamado por Dios al estado sacerdotal. El día sábado, 28 de marzo de ese mismo año 1925, era ordenado por don Miguel de los Santos Díaz Gómara. El lunes 30 celebraba la Santa Misa en sufragio del alma de su padre, don José Escrivá Corzán. Al día siguiente, 31 de marzo, contra todo lo que era dable esperar, debía partir a su destino, Perdiguerras, una aldea lejana y a trasmano.

En el Beato Josemaría la vocación sacerdotal está unida a la llamada a responder a otro carisma

muy personal: la fundación del Opus Dei. Ateniéndonos, sin embargo, al tema señalado, nos detenemos en la primera. La falsilla, la Homilía indicada: *Sacerdote para la eternidad*.

III

IDENTIDAD DEL SACERDOTE

Si todos los fieles incorporados a Cristo por el Bautismo, están llamados a buscar la plenitud de la vida cristiana, si *ni como hombre ni como fiel cristiano, el sacerdote es más que el seglar* (14), ¿cuál es la identidad del sacerdote, cuál es su “ser”? Juan Pablo II advierte que nuestro tiempo es “de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil de ‘hacer por el hacer’... “Tenemos –afirma– que resistir a esta tentación buscando ‘ser’ antes que ‘hacer’” (15).

Después de citar la Primera Carta de San Pedro en el capítulo segundo, versículos 9–10: “Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del Cielo; así como por Él mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mácula en su presencia por la caridad”, y afirmar que es *una y misma la condición de los fieles cristianos*, llamados todos a la plenitud de la caridad, el Beato Josemaría escribe: *No hay santidad de segunda*

categoría: o existe una lucha constante por estar en gracia de Dios y ser conformes a Cristo, nuestro Modelo, o desertamos de esas batallas divinas. A todos invita el Señor, para que cada uno se santifique en su propio estado.

Y unas líneas más adelante: *La santidad no depende del estado –soltero, casado, viudo, sacerdote–, sino de la personal correspondencia a la gracia, que a todos se nos concede, para aprender a alejar de nosotros las obras de las tinieblas y para revestirnos de las armas de la luz: de la serenidad, de la paz, del servicio sacrificado y alegre a la humanidad entera (16).*

Los escritos y la predicación del Beato Josemaría recuerdan incansablemente esta magnanimidad divina: todos, absolutamente todos, llamados a la plenitud de la perfección. Nadie puede decir “no puedo”, porque Cristo nació, murió y resucitó por todos y a todos nos busca y nos llama.

No depende del estado –señala el Beato Josemaría– sino de la personal correspondencia en la lucha constante por estar en gracia de Dios y ser conformes a Cristo. Gracia personal, correspondencia personal. No cabe el anonimato. Tanto la Creación como la Redención –*Lex Incarnationis*, que está siempre de fondo en la enseñanza del Beato (17)– descartan el anonimato de la creatura, al mismo tiempo que afirman su libertad y su pulquérrima variedad. Correspondencia personal, lucha personal. “Aprender” a alejar de nosotros las obras de las tinieblas, revestirnos de las armas de la luz: de la

serenidad, de la paz, del servicio sacrificado y alegre a la humanidad. No “desertar de las batallas divinas”. Ahora bien: todo esto es común a los fieles cristianos. ¿La vocación sacerdotal sitúa en una espiritualidad diferente, más avanzada; una espiritualidad, en definitiva, distinta de la de los laicos? *El sacerdocio* –dice el Beato Josemaría en la Homilía que estamos siguiendo– *lleva a servir a Dios en un estado que no es, en sí, ni mejor, ni peor que otros: es distinto* (18). Lo distinto es que *la vocación de sacerdote aparece revestida de una dignidad y de una grandeza que nada en la tierra supera*. Hace suyas las palabras que Santa Catalina de Siena pone en boca de Jesucristo: “No quiero que mengüe la reverencia que se debe profesar a los sacerdotes, porque la reverencia y el respeto que se les manifiesta, no se dirige a ellos, sino a Mí, en virtud de la Sangre que yo les he dado para que la administren. Si no fuera por esto, deberíais dedicarles la misma reverencia que a los seglares, y no más... No se les ha de ofender: ofendiéndolos, se me ofende a Mí, y no a ellos. Por eso lo he prohibido, y he dispuesto que no admito que sean tocados mis Cristos” (19). La respuesta al “ser” del sacerdote es clara: *¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya alter Christus, sino Ipse Christus: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental* (20). Explica el Beato Josemaría: *Por el Sacramento del Orden, el sacerdote se capacita efectivamente para prestar a Nuestro Señor la voz, las manos, todo su ser; es Jesucristo quien, en la*

Santa Misa, con las palabras de la Consagración, cambia la sustancia del pan y del vino en su Cuerpo, su Alma, su Sangre y su Divinidad.

En esto se fundamenta la incomparable dignidad del sacerdote. Una grandeza prestada, compatible con la poquedad mía (21).

Explicitando más su pensamiento escribe: *Esta es la identidad del sacerdote: instrumento inmediato y diario de esa gracia salvadora que Cristo nos ha ganado (22).* El sucesor del Beato, Monseñor Álvaro del Portillo, señala que es evidente la unidad fontal y radical de la santificación, en consecuencia también la espiritualidad. Puede ésta diversificarse, “manteniéndose idéntica en lo esencial”, de acuerdo con las distintas situaciones humanas y eclesiales, los carismas, los ministerios, las formas variadísimas del don de Dios. “En el caso concreto del clero secular –en tanto sigue siendo secular– la espiritualidad no puede ser algo sobreañadido y heterogéneo, respecto de su función eclesial: no se tratará, por tanto, de una adaptación más o menos artificiosa y extrínseca de los llamados consejos evangélicos, característicos del estado religioso con sus peculiares exigencias ascéticas. Por el contrario, su espiritualidad ha de asumir y estimular las líneas de fuerza de su consagración sacerdotal y de las obligaciones que el ministerio comporta, haciendo de esa consagración y del ejercicio de ese ministerio también el modo de acceder a la santidad a la que, como todos los cristianos, el sacerdote está llamado por Dios” (23). El olvido o el desprecio de estas líneas de fuerza llevan al Beato a experimentar un

doloroso asombro: actitudes secularizantes que pretenden identificar “estar en el mundo”, “ser secular”, con “ser mundano”. *No comprendo –escribe– los afanes de algunos sacerdotes por confundirse con los demás cristianos, olvidando o descuidando su específica misión en la Iglesia, aquella para la que han sido ordenados. Piensan que los cristianos desean ver en el sacerdote, un hombre más. No es verdad. En el sacerdote, quieren admirar las virtudes propias de cualquier cristiano, y aun de cualquier hombre honrado: la comprensión, la justicia, la vida de trabajo –labor sacerdotal en este caso–, la caridad, la educación, la delicadeza en el trato (24). La razón es porque aunque sería un error defender que un sacerdote es más fiel cristiano que cualquier otro fiel, puede, en cambio, afirmarse que es más sacerdote: pertenece como todos los cristianos, a ese pueblo sacerdotal redimido por Cristo y está, además, marcado con el carácter del sacerdocio ministerial, que se diferencia **esencialmente**, y **no sólo en grado** (Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, n. 10), del sacerdocio común de los fieles (25).*

El hombre y la mujer que están en el mundo, desean que se destaque claramente el carácter sacerdotal: *esperan que el sacerdote rece, que no se niegue a administrar los Sacramentos, que esté dispuesto a acoger a todos sin constituirse en jefe o militante de banderías humanas, sean del tipo que sean; que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se siente en el confesionario, que consuele a los enfermos y a los afligidos; que*

adoctrine con la catequesis a los niños y a los adultos, que predique la Palabra de Dios y no cualquier tipo de ciencia humana que –aunque conociese perfectamente– no sería la ciencia que salva y lleva a la vida eterna; que tenga consejo y caridad con los necesitados (26).

Es la misma gracia dada para aprender “a alejar de nosotros las obras de las tinieblas”, la que ha de llevar al sacerdote a aprender lo que se le pide: *que aprenda a no estorbar la presencia de Cristo en él, especialmente en aquellos momentos en los que realiza el Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre y cuando, en nombre de Dios, en la Confesión sacramental auricular y secreta, perdona los pecados (27).*

IV

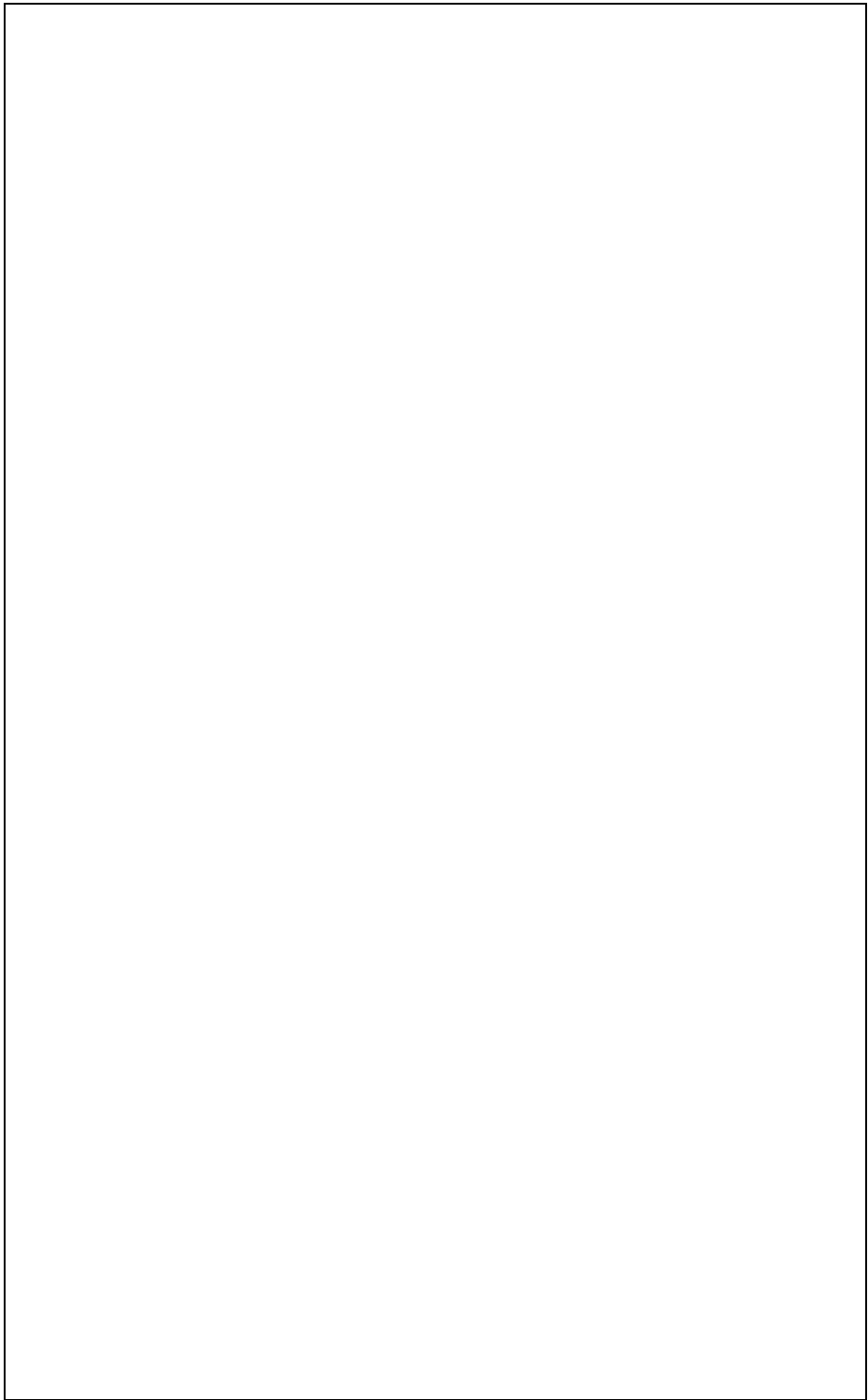
LA SANTA MISA

“El sacerdote ejerce dos actos –afirma Sto. Tomás–: uno, principal, sobre el Cuerpo de Cristo verdadero; otro, secundario, sobre el Cuerpo Místico de Cristo. El segundo acto o ministerio depende del primero, pero no al revés” (28). Para el Beato Josemaría, –que recoge esta cita de Sto. Tomás en su Homilía–, la Santa Misa es el centro y la raíz, el “hacer” fundamental del sacerdote con la administración del Sacramento de la Reconciliación. *Conviene recordar –escribe–, con machacona insistencia, que todos los sacerdotes, seamos pecadores o sean santos, cuando celebramos la Santa Misa no somos nosotros. Somos Cristo, que renueva en el Altar su divino Sacrificio del Calvario* (29). Para él, todos los afectos y necesidades del corazón del cristiano encuentran, el mejor cauce, en la Santa Misa. En ella cumplimos con el primer deber de la criatura, adorar a nuestro Creador; encontramos la oportunidad perfecta para expiar no solamente por nuestros pecados sino por los de toda la humanidad. *Nadie –escribe– marcha solo en el mundo, ninguno*

ha de considerarse libre de una parte de culpa en el mal que se comete sobre la tierra, consecuencia del pecado original y también de la suma de muchos pecados personales. Amemos el sacrificio, busquemos la expiación. ¿Cómo? Uniéndonos en la Santa Misa a Cristo, Sacerdote y Víctima: siempre será Él quien cargue con el peso imponente de las infidelidades de las criaturas, de las tuyas y de las mías. Queremos el bien, la felicidad y la alegría de las personas de nuestra casa; nos oprime el corazón la suerte de los que padecen hambre y sed de pan y de justicia; de los que experimentan la amargura de la soledad; de los que, al término de sus días, no reciben una mirada de cariño ni un gesto de ayuda. Pero la gran miseria que nos hace sufrir, la gran necesidad a la que queremos poner remedio es el pecado, el alejamiento de Dios, el riesgo de que las almas se pierdan para toda la eternidad. Llevar a los hombres a la gloria eterna en el amor de Dios: ésa es nuestra aspiración fundamental al celebrar la Misa, como fue la de Cristo al entregar su vida en el Calvario (30).

Celebración de la Santa Misa y de la Confesión sacramental. La administración de estos dos Sacramentos es tan capital en la misión del sacerdote, que todo lo demás debe girar alrededor. Otras tareas sacerdotales –la predicación y la instrucción en la fe– carecerían de base, si no estuvieran dirigidas a enseñar a tratar a Cristo, a encontrarse con Él en el tribunal amoroso de la Penitencia y en la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario, en la Santa Misa (31). Por esto lo mejor del ministerio sacerdotal es procurar

que todos los católicos se acerquen al Santo Sacrificio siempre con más pureza, humildad y veneración. Si el sacerdote se esfuerza en esta tarea, no quedará defraudado, ni defraudará las conciencias de sus hermanos cristianos (32).



V

VOCACIÓN A LA SANTIDAD

El *Decreto sobre las virtudes heroicas de Monseñor Josemaría Escrivá* comienza con esta cita de la *Lumen gentium*: “Todos los fieles, de cualquier condición y estado, están llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre celestial” (Conc. Ec. Vat. II. Const. dogm. *Lumen Gentium*, n. 11). Y continúa: “En la proclamación de la vocación a la santidad de todos los bautizados –aspecto en el que se ha reconocido “el elemento más característico y, por así decir, el fin último de todo el Magisterio conciliar” (Pablo VI, *Motu pr. Sanctitas clarior*, 19–III–1969)– brilla la conciencia que la Iglesia tiene de sí misma, como ministerio de la comunión de los hombres con Dios. Contemplando este misterio, la Esposa de Cristo ve también confirmado el inagotable patrimonio que constituye su propia historia, y escucha el eco del testimonio de esos heraldos de la santidad que el Espíritu vivificador suscita en todo tiempo, para

atraer a los hombres a que acojan el designio de salvación.

“El Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer se cuenta entre estos testigos, no sólo por la fecundidad del ejemplo que ha dado con su vida, sino también por la especial fuerza con que, en profética coincidencia con el Concilio Vaticano II, procuró, desde los comienzos de su ministerio, dirigir la llamada evangélica a todos los cristianos: “*Tienes obligación de santificarte. Tú también (...). A todos, sin excepción, dijo el Señor: ‘Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto’ (Camino n.291); Estas crisis mundiales son crisis de santos (ibid., n.301)*” (33). Hace notar el mismo *Decreto* que: “entre la variedad de caminos de la santidad cristiana, la vía recorrida por el Siervo de Dios manifiesta, con particular transparencia, toda la radicalidad de la vocación bautismal. Gracias a una vivísima percepción del misterio del Verbo Encarnado, comprendió Mons. Escrivá de Balaguer que, en el corazón del hombre renacido en Cristo, el entero tejido de las realidades humanas se compenetra con la economía de la vida sobrenatural, convirtiéndose así en lugar y medio de santificación. Ya desde el final de los años veinte, el Siervo de Dios, auténtico pionero de la intrínseca unidad de vida cristiana, llevó la plenitud de la contemplación a todos los caminos de la tierra y llamó a todos los fieles, a inserirse en el dinamismo apostólico de la Iglesia, cada uno desde el lugar que ocupa en el mundo” (34).

El *Decreto* precisa: *Regnare Christum volumus!* Ese es el programa de Mons. Escrivá:

‘poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas’: desde todos los ambientes y profesiones, su servicio eclesial ha provocado un movimiento ascensional de elevación hacia Dios de los hombres inmersos en las realidades temporales, conforme a la promesa del Salvador en la que el Siervo de Dios veía reflejado el núcleo del fenómeno pastoral del Opus Dei: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn. 12, 32). En esta cristianización *ab intra* del mundo radica el valor de la contribución de Mons. Escrivá de Balaguer a la promoción del laicado” (35).

Desplegó un apostolado intenso, muy amplio, en los más diversos ambientes sociales; principalmente con los pobres y los enfermos, en los suburbios y en los hospitales donde tenía cabida todo dolor y toda miseria humana, física y moral. En medio de la violencia antirreligiosa de la guerra civil española, dio pruebas de heroísmo y se prodigó en la oración, en la penitencia y en un ejercicio sacerdotal incansable.

Llamado de todas partes por los Obispos para predicar ejercicios espirituales al clero, se entregó en cuerpo y alma a sus hermanos sacerdotes, sin detenerse ante el cansancio, la enfermedad, las apreturas económicas agobiantes. Numerosas Órdenes y Congregaciones religiosas se beneficiaron también ampliamente de su solicitud pastoral generosa.

Su labor apostólica con el clero secular, ya “en primera persona o por medio de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz le convierte en un

luminoso ejemplo de celo para la formación sacerdotal” (36). “Dio vida a iniciativas de vanguardia en la evangelización y en la promoción humana; suscitó por doquier vocaciones al sacerdocio y al estado religioso; realizó viajes extenuantes por Europa y por América, anunciando la doctrina de la Iglesia con vigorosa fe (...) *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, fue la aspiración sin descanso predicada y practicada por el Siervo de Dios desde los primeros años de sacerdocio”. No obstante, “los rasgos más característicos de su figura no se encuentran sólo en sus dotes extraordinarias de hombre de acción, sino en su vida de oración y en esa asidua experiencia unitiva que hizo de él un contemplativo itinerante. Fiel al carisma recibido, fue ejemplo de un heroísmo que se manifestaba en las situaciones más corrientes: en la oración continua, en la mortificación ininterrumpida como el latir del corazón, en la asidua presencia de Dios, capaz de alcanzar las cumbres de la unión en medio del fragor del mundo y de la intensidad de un trabajo sin tregua. Constantemente inmerso en la contemplación del misterio trinitario, puso en el sentido de la filiación divina en Cristo el fundamento de una espiritualidad en la que la fortaleza de la fe y la audacia apostólica de la caridad se conjugan armónicamente con el abandono filial a Dios Padre” (37).

La “vivísima percepción del misterio del Verbo encarnado” le hacía vivir el Sacrificio del Altar como “centro y raíz de la vida cristiana”. *Cuando celebro rodeado de pueblo, me encuentro muy a gusto.... Soy, por un lado, un fiel como los*

*demás, pero soy, sobre todo, ¡Cristo en el Altar! Renuevo incruentamente el divino sacrificio del Calvario y consagro **in persona Christi**, representando realmente a Jesucristo, porque le presto mi cuerpo, y mi voz y mis manos, mi pobre corazón, tantas veces manchado, que quiero que Él purifique. Cuando celebro la Santa Misa con la sola participación del que me ayuda, también hay allí pueblo. Siento junto a mí a todos los católicos, a todos los creyentes y también a los que no creen. Están presentes todas las criaturas de Dios –la tierra y el cielo y el mar, y los animales y las plantas–, dando gloria al Señor la Creación entera (38).*

Su apasionado amor al Santo Sacrificio del Altar le lleva a la pregunta: *¿Por qué prisa? ¿La tienen acaso los enamorados, para despedirse? Parece que se van y no se van; vuelven una y otra vez, repiten palabras corrientes como si las acabasen de descubrir... (39).*

Saboreaba las oraciones. Los gestos litúrgicos –el beso al altar, al Evangelio, las genuflexiones, las reverencias– eran de enamorado que se pregunta qué más puede hacer para mostrar su amor. Acostumbraba dividir el día en dos partes: la mañana para agradecer la Misa celebrada y la Sagrada Comunión que había recibido; la tarde para preparar la Santa Misa y la Comunión del día siguiente. Los acontecimientos, las circunstancias del día, encontraban su justo lugar en los cuatro fines de la Misa.

Hacía de todo su día una Misa, una oración ininterrumpida. Especialmente valioso es el

testimonio del primer sucesor del Beato Josemaría, Mons. Álvaro del Portillo: “La necesidad de ser hombres de oración, trae de nuevo a mi pensamiento la figura de nuestro Fundador y su extraordinaria fecundidad apostólica. No es posible, en los límites de estas palabras mías, trazar siquiera un breve esbozo de lo que fue su vida de oración continua, de la que he sido testigo directo –en la medida en que esto es posible– por cuarenta años. No dudo en afirmar que Dios le concedió abundantemente el don de la contemplación infusa. Recuerdo, entre tantos otros detalles, cómo durante el desayuno, mientras leíamos los dos la prensa, apenas nuestro Padre comenzaba a leer, se quedaba abstraído, metido en Dios; apoyaba la frente sobre la palma de una mano y dejaba de leer el periódico, para hacer oración. Mi emoción fue grande cuando, después de su muerte, leí en sus *Apuntes íntimos*, esta anotación suya de 1934, en la que plasma con extrema sencillez su diálogo con el Señor: *Oración: aunque yo no te la doy (...), me la haces sentir a deshora y, a veces, leyendo el periódico, he debido decirte: ¡déjame leer! ¡Qué bueno es mi Jesús! Y, en cambio, yo...* (40).

No podemos, sin embargo, llamarnos a engaño. Ser hombre de oración, llegar a ser hombre de oración, supone lucha, constancia. Por esto añade: “Sería muy largo comentar adecuadamente la riqueza de la vida de oración de este sacerdote, ¡siempre sacerdote!, en la que el Espíritu Santo le llevó indudablemente a altísimas cumbres de unión mística en medio de la vida corriente, atravesando también durísimas purificaciones pasivas de los

sentidos y del espíritu. Permitidme, sin embargo, subrayar que si éstos y otros numerosísimos hechos, de los que tenemos constancia, evidencian una específica acción del Espíritu Santo en su alma, la profundidad con que se radicó en su vida, en su jornada –día y noche– el hábito de la oración continua revela, a la vez, la fidelidad y generosidad de su dedicación a los tiempos diarios de meditación y oración mental y al rezo del Breviario y de otras oraciones vocales. Es más, la irrupción extraordinaria de Dios en su alma fue con frecuencia como la respuesta divina a esa fidelidad a la oración mental en momentos en que ésta le resultaba particularmente costosa o difícil” (41).

Mons. Álvaro del Portillo, también “contemplativo itinerante” como su Maestro y Padre, comenta: “Es en la oración perseverante de cada día, con facilidad o con aridez, donde el sacerdote, como todo cristiano, recibe de Dios –incluso en forma extraordinaria si fuese preciso– luces nuevas, firmeza en la fe, segura esperanza en la eficacia sobrenatural de su trabajo pastoral, amor renovado: en una palabra, el impulso para perseverar en ese trabajo y la raíz de la efectiva eficacia del trabajo mismo. Sin oración, y sin oración que se esfuerza por ser continua, en medio de todos los quehaceres, no hay identificación en Cristo, en lo que ésta tiene de *tarea*, fundamentada en lo que tiene de *don*. Más aún, me atrevo a decir que un sacerdote sin oración, si no falsea la imagen que da de Cristo –Modelo para todos–, la presenta como una nebulosa que ni atrae ni orienta, que no

sirve de norte al pueblo que nos ve o que nos oye”
(42).

VI SED DE CRISTO

Juan Pablo II constata que hay sed de Cristo, sed que, “a pesar de tantas apariencias en contra” nuestra sociedad no puede ocultar entre las incoherencias de nuevas formas de espiritualidad. A pesar de las apariencias, esta sed de Cristo se hace sentir sobre todo, ante los grandes problemas éticos, cuando el testimonio de la Iglesia se convierte en signo de contradicción. “Esta sed de Cristo –más o menos consciente– no se sacia con palabras vacías. Sólo los auténticos testigos pueden irradiar de manera creíble la palabra que salva” (43). A la necesidad de la oración, sigue la necesidad de las obras de penitencia, la mortificación. Para el Beato Josemaría estaba muy claro: *Si no eres mortificado nunca serás alma de oración* (44).

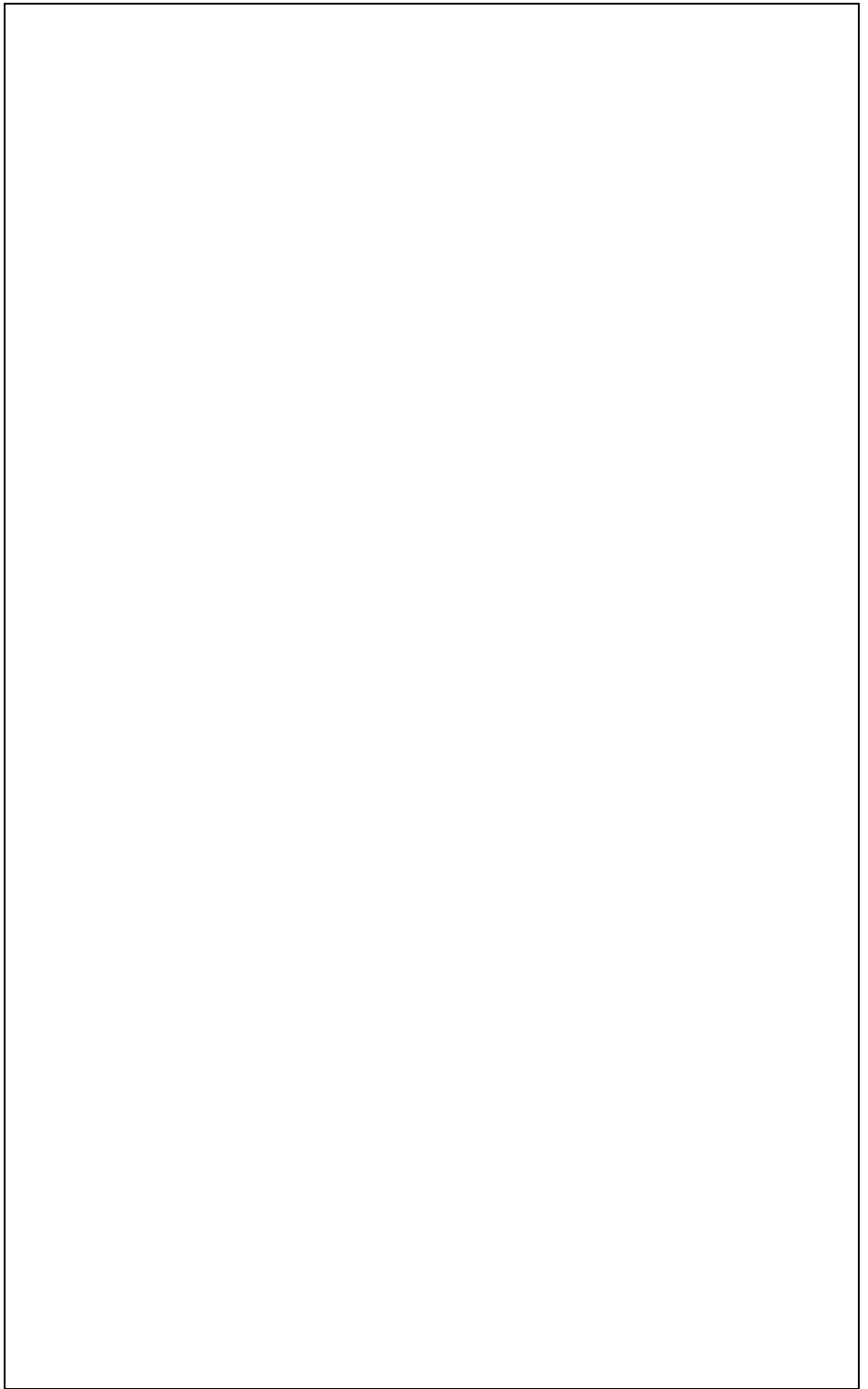
Su vida penitente la entretejía ante todo con un negarse a sí mismo en el anecdotario cotidiano –el clima, la comida, el carácter, las personas, los cambios de planes, las esperas, los malestares

físicos–, pero también “con una fuerte penitencia corporal” (45).

El fuerte sentido del pecado le llevaba a esa generosa penitencia, a la expiación por los propios pecados y por los pecados de los demás. Le llevaba semana a semana –él mismo comentaba que en ocasiones más de una vez, y aclaraba que no era escrupuloso– al Sacramento de la Confesión. Experimentaba y manifestaba lo que Juan Pablo II nos ha escrito este año: “Es hermoso poder confesar nuestros pecados, y sentir como un bálsamo la palabra que nos inunda de misericordia y nos vuelve a poner en camino. Sólo quien ha sentido la ternura del abrazo del Padre, como lo describe el Evangelio en la parábola del hijo pródigo –‘se echó a su cuello y le besó efusivamente’ (Lc. 15, 20)– puede transmitir a los demás el mismo calor, cuando de destinatario del perdón pasa a ser su ministro”. Las razones son evidentes: “Recurramos asiduamente, queridos sacerdotes, –exhorta Juan Pablo II– a este Sacramento, para que el Señor purifique constantemente nuestro corazón, haciéndonos menos indignos de los misterios que celebramos (...) El sacramento de la Reconciliación, irrenunciable para toda existencia cristiana, es también ayuda, orientación y medicina de la vida sacerdotal.

El sacerdote que vive plenamente la gozosa experiencia de la reconciliación sacramental considera muy normal repetir a sus hermanos las palabras de Pablo: ‘Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!’ (2 Co. 5, 20). Si la crisis

del sacramento de la Reconciliación (...), depende de múltiples factores –desde la atenuación del sentido del pecado hasta la escasa percepción de la economía sacramental con la que Dios nos salva–, quizás debamos reconocer que a veces puede haber influido negativamente sobre el Sacramento una cierta disminución de nuestro entusiasmo o de nuestra disponibilidad en el ejercicio de este exigente y delicado ministerio” (46).



VII

INTIMIDAD DIVINA

Para el Beato Josemaría el camino hacia las intimidades más profundas de la Trinidad Beatísima es muy andadero: *Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra... hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio.*

La oración que comenzó con esa ingenuidad pueril, se desarrolla ahora en cauce ancho, manso y seguro, porque sigue el paso de la amistad con Aquel que afirmó: 'Yo soy el Camino' (Jn. 14, 6) (47).

Inagotable es el venero de su piedad mariana que, naturalmente, une a su devoción a San José. Especialmente expresivo y entrañable es el gesto de haber hecho de los dos nombres –María y José– uno solo en su vida: Josemaría. El actual Prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría relata numerosos recuerdos personales de los años vividos junto al Beato Josemaría (48). Recuerda, por ejemplo, que en un viaje a Santiago de Chile, al

contemplar un cuadro de un retablo –en la Visitación, además de la Virgen y Sta. Isabel, aparece San José– “su corazón se había llenado de júbilo, al contemplar algo que siempre había meditado: que San José no habría dejado ir sola a la Virgen, porque en esos momentos, en los que nuestra Madre ha concebido al Señor por obra del Espíritu Santo, era lógico que el Santo Patriarca se pusiese a su entera disposición, cumpliendo la Voluntad de Dios de que cuidara a María. Nos repitió que, desde joven, estaba persuadido de que no podía ser de otra manera, ya que San José nunca abandona a los suyos; y nos insistía en que nosotros, que pertenecemos a la familia de Dios, tampoco sentiremos la soledad, porque San José nos acompañará”.

En 1970, cuando hacían una novena a la Virgen de Guadalupe, en la Villa, dijo que recordaba “con perfecta claridad la primera vez que acudió a la Virgen teniendo conciencia de que rezaba y se dirigía a Ella”. Dos o tres años tenía cuando comenzó a invocar a la Virgen en la catedral de Barbastro, delante de la imagen de la Dormición.

En 1953 insistía: *quizá nos falta considerar a Cristo tan nuestro como María lo consideraba suyo: era su vida y la razón de su existencia. Sin él, María no podía trabajar, ni vivir, ni descansar, ni estar. Y si somos fieles debería sucedernos constantemente lo mismo a cada uno de nosotros* (49).

En el año 1968 al estar por comenzar el mes de mayo, tradicionalmente dedicado de una manera especial a la Santísima Virgen, recomendaba a los

que estaban con él: *en nuestro trato con María, en este mes de mayo, que mañana comienza, querría que cada uno de nosotros empezara a hacer un pequeño sacrificio más, un rato más de estudio, un trabajo mejor acabado, una sonrisa...; un sacrificio, que sea un esfuerzo de nuestra piedad y una prueba de nuestra entrega. Con generosidad, hijo mío, déjate llevar por Ella. ¡No podemos dejar de querer cada día más y más al Amor de los amores! Y con María lo podremos conseguir, porque nuestra Madre vivió dulcemente una entrega total.*

Subrayaba la necesidad del trato con la Virgen para llegar a la Santísima Trinidad. Reiteraba en 1970: *Tened amor, mucho amor, todo el amor, a la Trinidad Beatísima. Para esto, partid de vuestra devoción a la Virgen, porque Ella, hasta humanamente, está muy cercana a Dios, y es la criatura más perfecta, **sine macula, sine ruga** (sin mancha ni arruga), y el Señor no le niega nada. Ella necesariamente os llevará al Hijo, que os hará conocer al Padre, y recibiréis al Espíritu Santo, fruto del árbol de la Cruz. Os sentiréis, de la mano de nuestra Madre, muy cerca de Dios, y le pediréis perdón por vuestros pecados y por los ajenos –**a peccatis alienis**...–, de los que muchas veces tenemos culpa por nuestras omisiones personales (50).*

Era asidua su devoción del rezo del Rosario: “Desde los comienzos de su sacerdocio, tenía un rosario en la cabecera de su cama, como detalle ornamental, pero fundamentalmente para que le sirviese de *despertador*” (51).

Cuenta Mons. Echevarría que al hablarle de la oración vocal le aconsejaba meterse con intimidad en la escena de cada misterio. Añadía: *y cuando, a pesar de todo, te des cuenta de que te has distraído, después de pedir perdón al Señor y a tu Madre, vuelve a considerar durante unos instantes la escena del misterio que se te ha pasado por alto, y continúa meditando luego el misterio que estás rezando. Pero, de tu parte, pon siempre esfuerzo en rectificar y en rezar con devoción, con la misma ternura y con el mismo cariño con que tratabas a tu madre cuando veías que estaba preocupada, o cuando querías conseguir algo. María es nuestro recurso, y a Ella tenemos que acudir, con confianza y con seguridad, pero dándole a la vez todo el cariño nuestro, para que Ella lo presente al Señor con sus manos purísimas (52).*

Su vida de piedad, se manifestaba, también, en la devoción a los Ángeles y a los Santos.

“Resumía así la vida de piedad: *el amor es sapientísimo y busca –porque lo necesita– siempre formas nuevas de manifestarse, aunque sea con las mismas costumbres (53)*”.

VIII

AFÁN DE SANTIDAD

Afán de santidad. “Puso los medios para conocer y cumplir la Voluntad de Dios (54)”.

Esta afirmación, corroborada de muchas maneras y en múltiples ocasiones, en privado y en público, manifiesta el afán de santidad del Beato Josemaría. Entre los medios de esa “Pedagogía de la Santidad” a la que alude Juan Pablo II (55), cabe destacar especialmente un medio buscado muy tempranamente y mantenido a lo largo de toda su vida: la dirección espiritual. Los puntos de *Camino* que forman el capítulo titulado *Dirección* (nn. 56–80) dan razón de este medio. Uno de ellos dice: *Madera de santo. –Eso dicen de algunas gentes: que tienen madera de santos–. Aparte de que los santos no han sido de madera, tener madera no basta.*

Se precisa mucha obediencia al Director y mucha docilidad a la gracia. –Porque, si no se deja a la gracia de Dios y al Director que hagan su obra, jamás aparecerá la escultura, imagen de Jesús, en que se convierte el hombre santo.

Y la “madera de santo”, de que venimos hablando, no pasará de ser un leño informe, sin labrar, para el fuego... ¡para un buen fuego si era buena madera! (56).

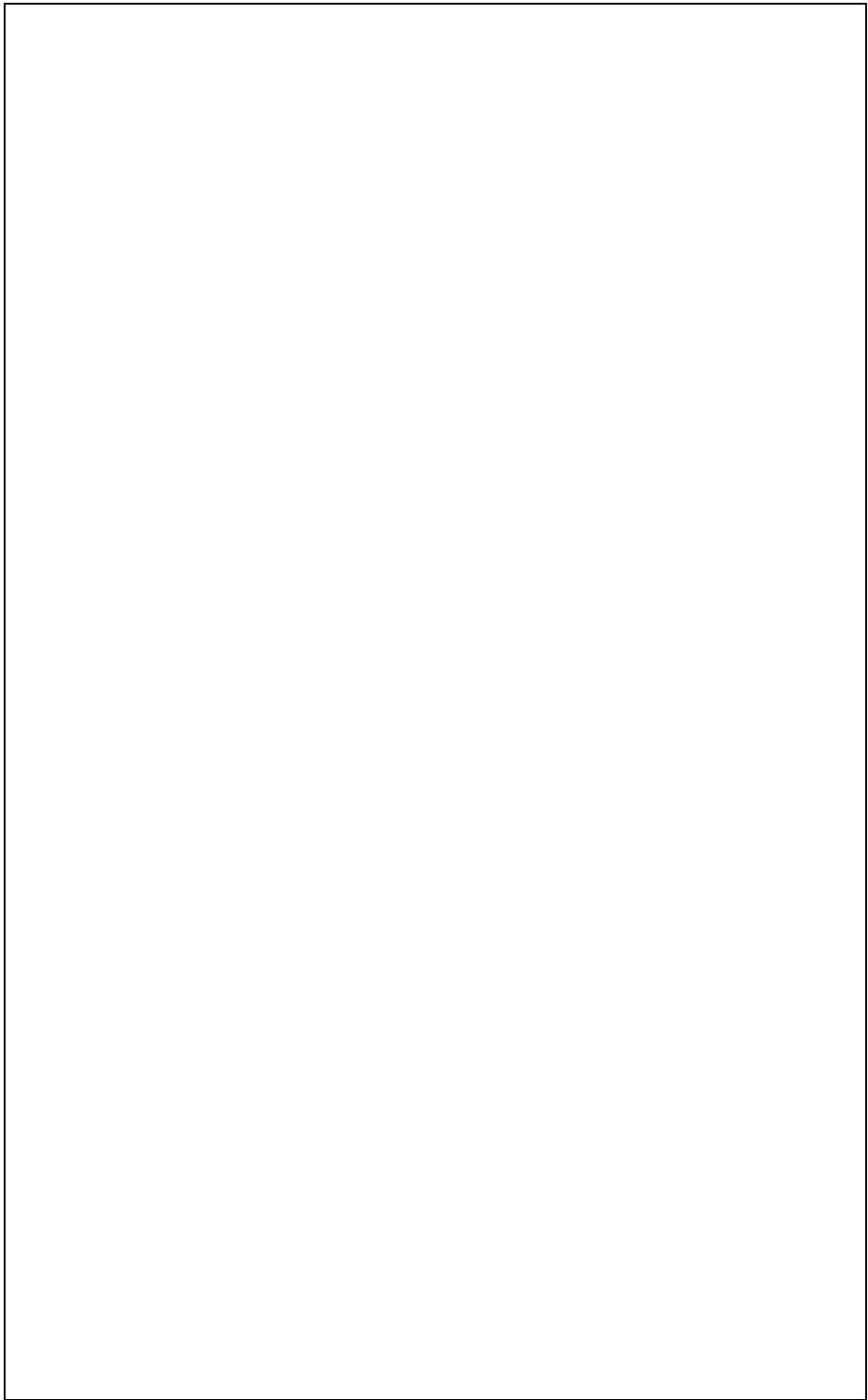
La insistencia en la necesidad de este medio era continua, como lo era su insistencia sobre la sinceridad con Dios, consigo mismo y con los demás. Recuerdo haberle escuchado repetidamente, con ocasión de su cumpleaños o de algún aniversario, al preguntarle qué regalo quería que le hiciéramos, contestar: *Vuestra sinceridad. ¡Que seáis sinceros!* Con su buen humor hablaba de que nosotros –los humanos– vamos al médico, no al veterinario que tiene que adivinar qué le pasa al animalito.

Tenía ansias de conocer siempre más a Dios. Acudía continuamente a la Sagrada Escritura, a los Padres de la Iglesia. Dedicaba diariamente aunque fuese unos minutos sacados afanosamente de la jornada, al estudio de la Teología, de los tratados clásicos. Apuntaba. Tomaba notas que luego eran apoyo de su oración personal. No se dejaba llevar por la curiosidad o el gusto, sino se ceñía a un plan personal de estudio. Se aconsejaba acerca de los libros y autores que era conveniente leer, viviendo lo que ha dejado escrito en *Camino: Libros: no los compres sin aconsejarte de personas cristianas, doctas y discretas.*

–Podrías comprar una cosa inútil o perjudicial.

¡Cuántas veces creen llevar debajo del brazo un libro... y llevan una carga de basura! (57).

Se aplicaba con fruición al estudio del Magisterio de la Iglesia, a cuyas enseñanzas se adhería con cariño y obediencia filial. Enseñaba y animaba a hacer lo mismo. Su inmenso amor a la Iglesia, al Papa, a los Obispos, se mostraba con hechos de sumisión expresa, de veneración, de empeño por dar a conocer a todos lo enseñado por el Magisterio. *¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia Santa!* (58).



IX

CARIDAD PASTORAL

Y su amor inmenso a los sacerdotes. “La caridad pastoral pide que los presbíteros, para no correr en vano (Gal. 2, 2) trabajen siempre en vínculo de unión con los obispos y con otros hermanos en el sacerdocio. Obrando así hallarán los presbíteros la unidad de la propia vida en la misma unidad de la misión de la Iglesia, y de esta suerte se unirán con su Señor, y por Él con el Padre, en el Espíritu Santo, a fin de llenarse de consuelo y de rebozar de gozo” (59).

Esta es la enseñanza del Concilio Vaticano II. ¿Cómo vivió esta caridad pastoral el Beato Josemaría “auténtico pionero de la intrínseca unidad de vida cristiana”? (60).

Por lo que se refiere al vínculo de unión con el obispo, el testimonio es unánime: desde su tiempo de seminarista actuó así. Ya en su vida sacerdotal, las idas y venidas con las que nuestro Señor le llevaba de un lado a otro para promover la Obra, le ofrecieron continua ocasión de vivir esta unión con

delicadeza heroica. La unidad, en la caridad, es fundamental en su enseñanza.

En cuanto al vínculo de unión con los hermanos en el sacerdocio, Mons. Álvaro del Portillo evoca la figura del Beato, su dedicación incansable al ministerio, para la que “nunca fueron excusa la fatiga, la enfermedad, las circunstancias adversas”. Considera que esta caridad pastoral “conduce a una entrega sin condiciones al servicio de las almas”; informa necesariamente, con especiales matices, “la fraternidad sacerdotal, que es elemento integrante de la comunión... Una fraternidad sacerdotal que no confunde la unidad con la uniformidad, que respeta la legítima libertad de todos, también en el amplio ámbito de la espiritualidad sacerdotal”. Añade su testimonio personal: “Mucho podría hablar del amor y del servicio, verdaderamente heroicos, del Fundador del Opus Dei hacia sus hermanos los sacerdotes. Recuerdo, por ejemplo, que entre los numerosísimos cursos de retiro que, por encargo de muchos Obispos, predicó a sacerdotes por toda España hasta que marchó a Roma, fue también a dirigir en octubre de 1944 los ejercicios espirituales a la comunidad de Agustinos de El Escorial. El día anterior se puso enfermo: la fiebre le subió a treinta y nueve grados, pero no se detuvo ante ese obstáculo. Yo le acompañé. A pesar de esa fuerte calentura, que al día siguiente había subido a cuarenta grados, predicó completos esos ejercicios, procurando –y consiguiendo– que quienes le escuchaban no advirtiesen su enfermedad” (61).

El amor a sus hermanos sacerdotes diocesanos no le daba reposo. Dispuesto al mayor sacrificio de su vida, el 14 de febrero de 1943, “gracias a una particular luz de Dios” (62) vio la solución: la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. En una primera etapa se trataba de algunos laicos del Opus Dei que podrían ser ordenados sacerdotes. Incardinados en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz ejercerían su ministerio pastoral al servicio de los miembros de la Obra principalmente.

“De este modo –señala el actual Prelado del Opus Dei– (además) se evitaba ‘sustraer’ sacerdotes diocesanos para las labores del Opus Dei”. A continuación afirma: “El Beato Josemaría Escrivá, que sentía una particular veneración por el sacerdocio, a lo largo de su vida se volcó cuanto pudo en la ayuda espiritual a sus hermanos sacerdotes: a todos se entregaba y de todos aprendía. Estaba incluso dispuesto, como ya es conocido, a hacer el gran sacrificio de abandonar el Opus Dei con el fin de dedicarse íntegramente a una nueva fundación para sacerdotes. En 1950, no sin especial ayuda divina, entendió que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz –fundada en 1943– podía acoger también como asociados a sacerdotes y diáconos del clero de la diócesis que recibirían de la Sociedad ayuda espiritual, sin merma de su condición diocesana. Se cumplía así la segunda fase de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz” (63). Se desprende de esta afirmación que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y la Prelatura del Opus Dei, sin ser realidades idénticas, han nacido y permanecen indisolublemente unidas. Los *Estatutos*

del Opus Dei, en el número 36 dicen que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz es una “asociación clerical propia e intrínseca de la Prelatura, de manera que con ella forma un todo único y de ella no puede separarse” (64).

X

PROGRAMA PASTORAL DEL NUEVO MILENIO

El programa pastoral del nuevo milenio. “En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad”, escribe Juan Pablo II (65). Para el Papa, “hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral” (66). Por esto la conveniencia de descubrir “en todo su valor programático” el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, dedicado a la “vocación universal a la santidad”. Recuerda expresamente esta afirmación: “todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor” (67). Añade que se trata de una “verdad elemental” que ha de ponerse como fundamento de la programación pastoral del nuevo milenio. Una programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. “Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la

inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, ‘¿quieres recibir el Bautismo?’, significa al mismo tiempo preguntarle, ‘¿quieres ser santo?’. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: ‘Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial’ (Mt. 5, 48)” (68).

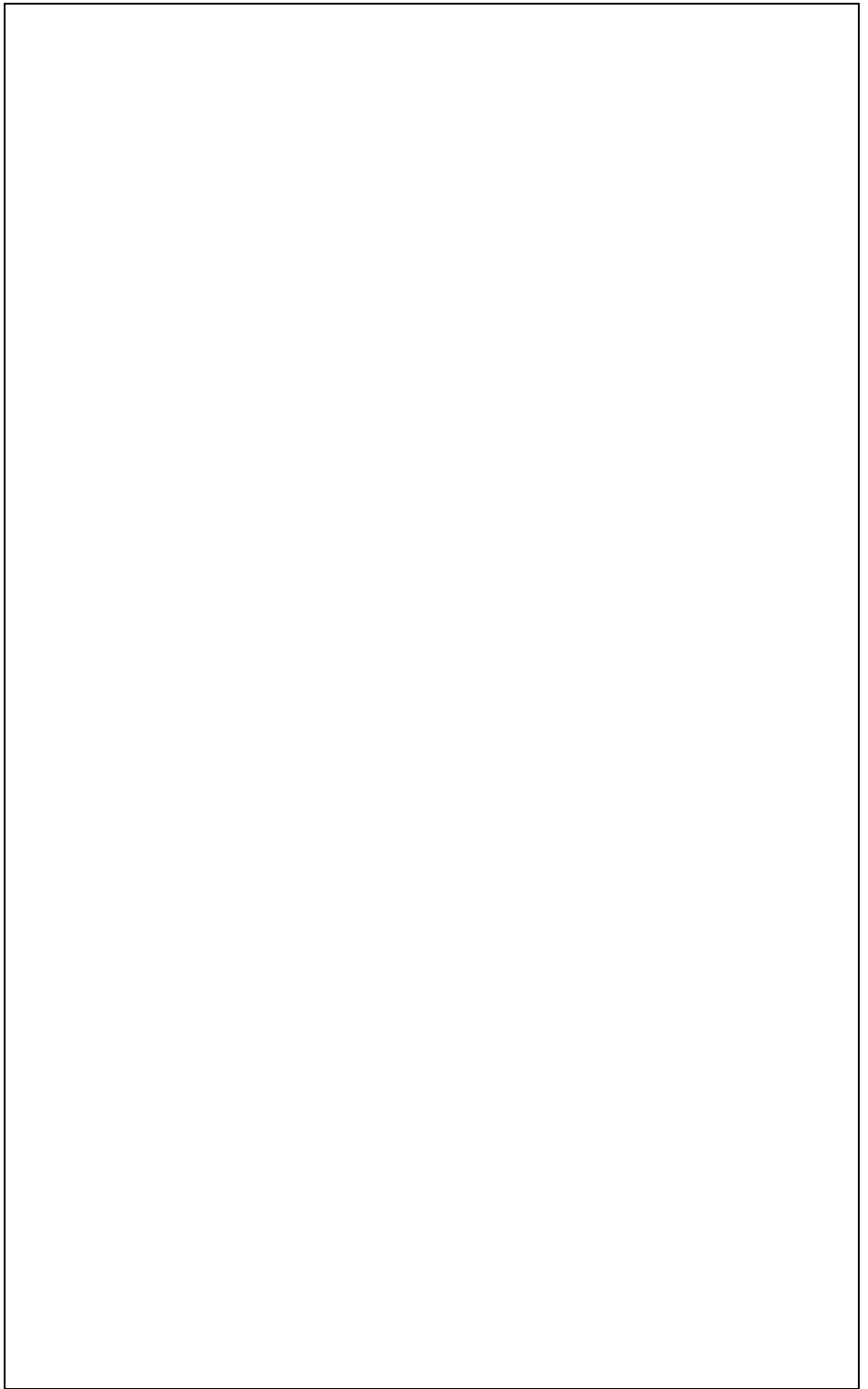
Señala Juan Pablo II que “es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este ‘alto grado’ de la vida cristiana ordinaria, teniendo en cuenta de que los caminos de la santidad son personales” y “exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona” (69). Por otra parte, solamente por este camino de exigencia responderemos a lo que Cristo nos está pidiendo: ‘Testigos del amor’, que seamos testigos de su amor a los hombres, a todos los hombres: ‘Que, como Yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros’ (Jn. 13, 34).

La enseñanza y la vida del Beato Josemaría, sacerdote, nos dicen que esto es posible, tan posible como que ahora mismo está siendo vivido por muchas personas. Llevan o han llevado una vida corriente como la nuestra. Y su santidad es evidente para los que los trataron o los tratan. No tenemos, en mi opinión y sometiéndome absolutamente al juicio de la Iglesia, que ir muy lejos: en la catedral de esta Diócesis de Sololá, silenciosamente buscado por los que en vida fueron sus feligreses, yacen los restos de Mons. Eduardo Fuentes. Nos tratamos

como amigos desde los tiempos de la universidad. Dios me concedió concelebrar con él varias veces, vísperas ya de su *dies natalis*. Ahora lo trato como a un santo. Y sé de muchas personas que tienen los mismos sentimientos.

Una de las oraciones preparatorias para la Misa, que se proponen a los sacerdotes y que el Beato Josemaría seguramente habrá gustado muchas veces reza: *vices tuas inter homines gerere tibi que ad sacrificium perangendum quodammodo linguam commodare, manumque porrigere...* (70). Si a todos los cristianos hay que recordar la verdad elemental de la llamada universal a la santidad, con más fuerza a quien hace las veces de Cristo entre los hombres. “¡Caminemos con esperanza! –nos anima Juan Pablo II–. Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo. El Hijo de Dios, que se encarnó hace dos mil años por amor al hombre, realiza también hoy su obra” (71).

La providencia divina nos aproxima al Centenario del nacimiento del Beato Josemaría; nos sitúa en una perspectiva vigorosamente trazada por el último Concilio, proclamada continuamente por Juan Pablo II. Nuestros Obispos, por su parte, en su *Mensaje del Sínodo de América*, nos han escrito: “La Iglesia necesita testigos de la fe. La Iglesia necesita santos” (72).



XI SIGNOS VISIBLES

En su intervención en el Jubileo de los Presbíteros, el Prelado del Opus Dei, recordaba unas palabras del Beato Josemaría, que nos pueden servir de conclusión:

–El sacerdote si tiene verdadero espíritu sacerdotal, si es hombre de vida interior, nunca se podrá sentir solo. ¡Nadie como él podrá tener un corazón tan enamorado! Es el hombre del Amor, el representante entre los hombres del Amor hecho hombre. Vive por Jesucristo, para Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo.

*El sacerdote cuando predica debe hacer “su oración personal **cuajando en ruido de palabras** (...), la oración de todos, ayudando a los demás a hablar con Dios (...), dando luz, moviendo los afectos, facilitando el diálogo divino.*

–Sentaos en el confesionario todos los días (...), esperando allí a las almas como el pescador a los peces. Al principio quizá no venga nadie (...). Al cabo de dos meses no os dejarán vivir (...) porque vuestras manos ungidas estarán, como las de Cristo

*–confundidas con ellas, porque sois Cristo–
diciendo: yo te absuelvo.*

*–El tema de mi oración es el tema de mi vida.
“Su vida sacerdotal se hallaba plenamente inmersa
en la Iglesia; las necesidades de las almas eran
alimento cotidiano de su oración”.*

*–Conviene que al sacerdote se le reconozca:
el pueblo cristiano necesita de signos visibles. (...)
Tenemos que mostrar que somos sacerdotes, de un
modo que sea evidente para todos. Si no llevase una
manifestación externa de mi sacerdocio, muchas
personas que podrían acudir a mí en la calle, o en
cualquier sitio, no vendrán porque no saben que soy
ministro de Dios. El traje sacerdotal –concluía– os
ayudará a recordar y a hacer recordar a los demás,
continuamente, que la ordenación sacerdotal,
configurándoos de modo especial con Cristo
Sacerdote, os ha constituido también de modo
particular en **alter Christus**, en **ipse Christus**.
(73).*

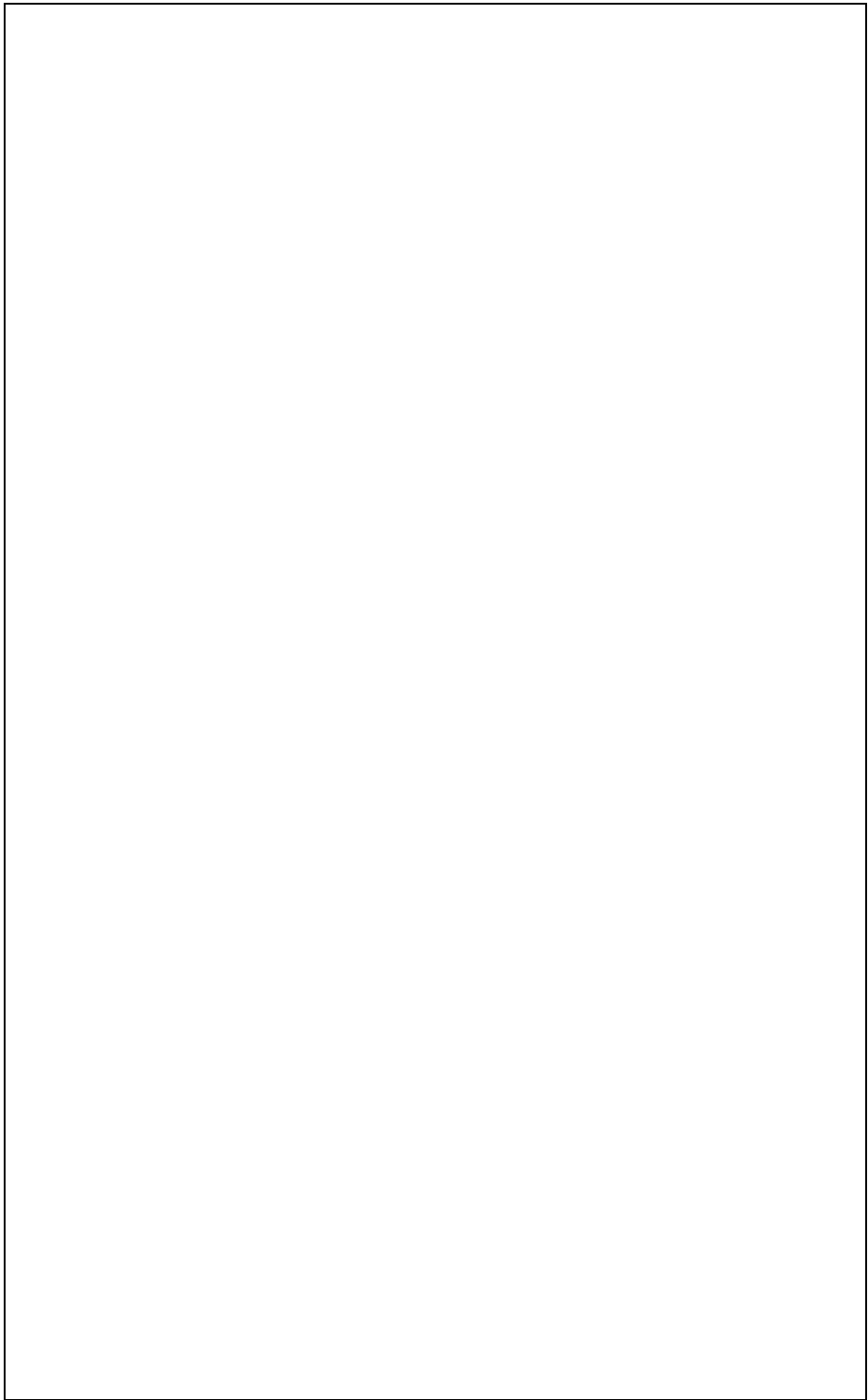
XII

AMOR A LA SANTÍSIMA VIRGEN

“Su vida sacerdotal –revivía Mons. Echevarría ahí en la Plaza de San Pedro– se hallaba plenamente inmersa en la Iglesia; las necesidades de las almas eran alimento cotidiano de su oración”.

La llamada universal a la santidad ha de encontrar una respuesta muy generosa en el sacerdote y en quien se prepara a serlo. Se dará esa respuesta si se fundamenta en esa asombrosa realidad de nuestra filiación divina y de nuestra configuración con Cristo, y en esa otra verdad vivida y enseñada constantemente por el Beato Josemaría: *Antes, solo, no podías,... Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!* (74).

Guatemala, agosto 7, 2001.



CITAS

- (1) Cfr. Mons. Álvaro del Portillo, *Presentación de Amigos de Dios, Homilías del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, 3ª. Edición, Madrid, 1978, p. 12.
- (2) Cfr. *Mt.* 13, 52.
- (3) Cornelio Fabro, Salvatore Garofalo, Ma. Adela de Raschini, *Santos en el mundo, Estudios sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, 2ª. Edición, Madrid, 1993, p. 24.
- (4) C. Fabro, ... cit. p. 134.
- (5) C. Fabro, ... cit. p. 137.
- (6) Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 286.
- (7) Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 503.
- (8) Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei, I*, Rialp, Madrid, 1997, p. 96, cita n. 7.
- (9) *Ibidem*, p. 97, cita n. 76.
- (10) *Ibidem*, p. 101.
- (11) *Ibidem*, p. 98, cita n. 80.
- (12) *Ibidem*, pp. 105–106.
- (13) *Ibidem*, p. 114.
- (14) Lucas F. Mateo–Seco, Rafael Rodríguez–Ocaña, *Sacerdotes en el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona, 1994, p. 238.

- (15) Juan Pablo II, *Novo Millennio ineunte*, n. 15.
- (16) Lucas F. Mateo–Seco..., *Sacerdotes...*, p. 235.
- (17) cfr. *Ibidem*, pp. 141–144.
- (18) *Ibidem*, p. 235.
- (19) *Ibidem*, p. 236.
- (20) *Ibidem*, p. 236.
- (21) *Ibidem*, p. 237.
- (22) *Ibidem*, p. 237–238.
- (23) *Ibidem*, p. 251–252.
- (24) *Ibidem*, p. 239.
- (25) *Ibidem*, p. 239.
- (26) *Ibidem*, p. 240.
- (27) *Ibidem*, p. 240.
- (28) Sto. Tomás, *S. Th. Supl.* q. 36, a. 2, ad 1.
- (29) Lucas F. Mateo–Seco ..., *Sacerdotes ...*, p. 241.
- (30) *Ibidem*, p. 244–245.
- (31) *Ibidem*, p. 240.
- (32) *Ibidem*, p. 243.
- (33) S. Congregación para las Causas de los Santos, *Decreto sobre las virtudes heroicas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer*, Roma, 9 de abril de 1990.
- (34) *Ibidem*.
- (35) *Ibidem*.
- (36) *Ibidem*.
- (37) *Ibidem*.
- (38) L. F. Mateo–Seco ..., *Sacerdotes ...*, pp. 241–242.
- (39) *Ibidem*, p. 242.
- (40) *Ibidem*, pp. 280–281.
- (41) *Ibidem*, p. 281.
- (42) *Ibidem*, pp. 282–283.

- (43) Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo del 2001*, n. 3.
- (44) Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 172, pp. 283–286.
- (45) cfr. L. F. Mateo–Seco ..., *Sacerdotes ...* pp. 283–286.
- (46) Juan Pablo II, *Carta ...*, nn. 11–12.
- (47) Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, nn. 296, 306.
- (48) Mons. Javier Echevarría, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá, Entrevista con Salvador Bernal*, Rialp, Madrid, 2000, pp. 252 y ss.
- (49) *Ibidem*, p. 253.
- (50) *Ibidem*, p. 254.
- (51) *Ibidem*, p. 255
- (52) *Ibidem*, p. 255.
- (53) *Ibidem*, p. 261.
- (54) S. Congregación ..., *Decreto sobre las virtudes heroicas...*
- (55) Juan Pablo II, *Novo M.I.*, n. 31.
- (56) Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 56.
- (57) *Ibidem*, n. 339.
- (58) *Ibidem*, p. 518.
- (59) Concilio Vaticano II, *Decr. Presbyterorum ordinis*, n. 14.
- (60) S. Congregación..., *Decreto sobre las virtudes heroicas...*
- (61) L. F. Mateo–Seco..., *Sacerdotes...*, pp. 287–288.
- (62) Mons. Javier Echevarría, *Memoria...* p. 314.
- (63) *Ibidem*, p. 314.
- (64) *Ibidem*, p. 315. Mons. Echevarría explica las diferencias: “La Prelatura es una institución que

pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia. Su misión es, de una parte, la atención pastoral específica de sus miembros; es decir, de todas aquellas personas que –por una particular vocación divina– se han propuesto empeñar su vida en la búsqueda de la santidad en el trabajo ordinario, según el espíritu del Opus Dei, sin cambiar de ocupación ni de estado. De otra parte, es misión de la Prelatura del Opus Dei difundir en todos los ambientes de la sociedad la llamada universal a la santidad y al apostolado, principalmente en el trabajo profesional y en las demás circunstancias ordinarias del cristiano.

“La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz –por su parte– es una asociación de sacerdotes y diáconos del clero secular, erigida por la Santa Sede, inseparablemente unida a la Prelatura... Su objetivo es proporcionar ayuda espiritual a los sacerdotes que la componen, de acuerdo con el espíritu del Opus Dei: en síntesis, la santificación del trabajo ordinario, en este caso, del ministerio sacerdotal.”

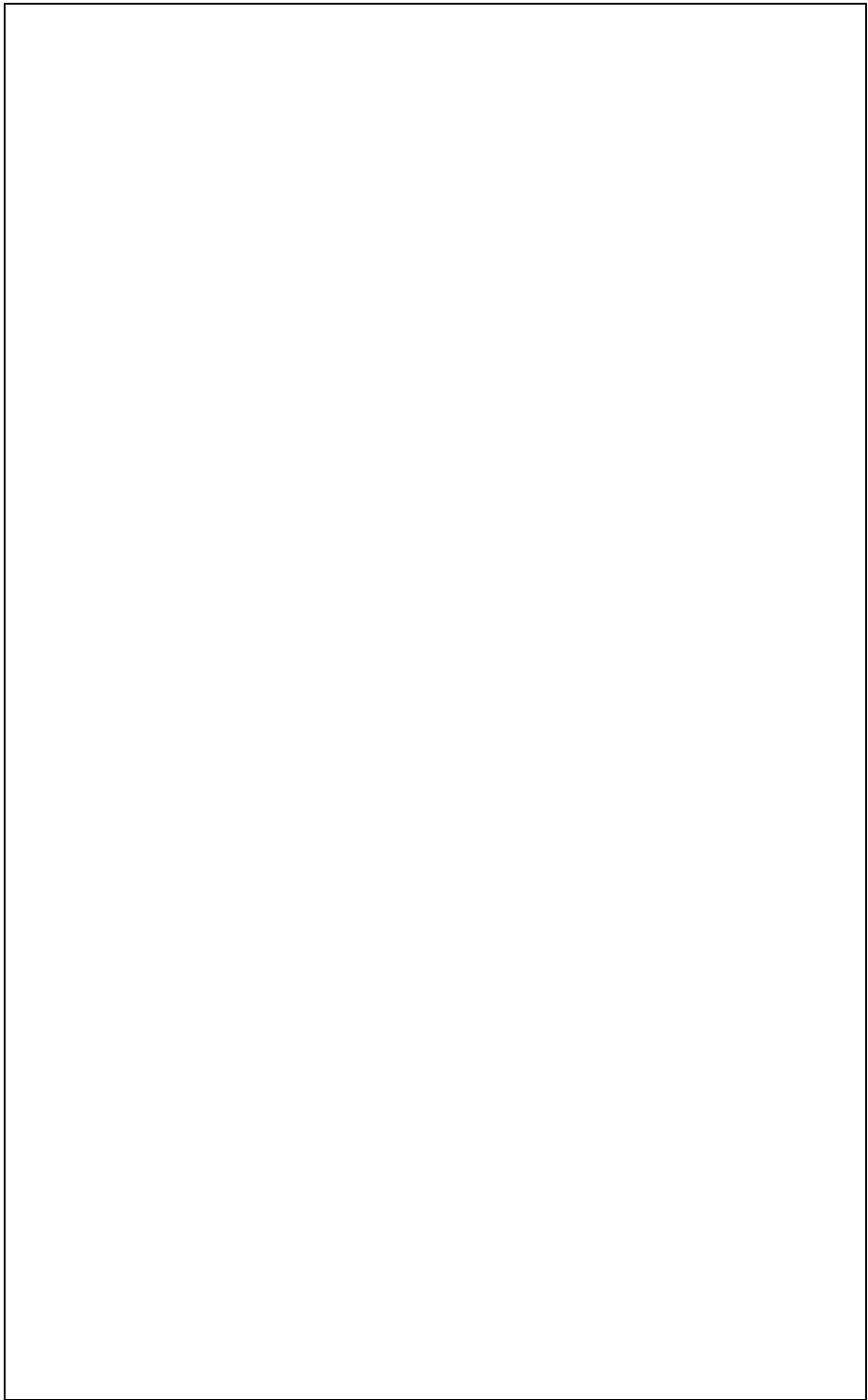
“A la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz pertenecen los sacerdotes que componen el presbiterio de la Prelatura. Pertenecen también otros sacerdotes seculares, que tienen como único Ordinario al Obispo de la propia diócesis, ya que en la Sociedad no existe ningún Superior jerárquico con potestad de régimen: el vínculo de estos sacerdotes con la Sociedad es un vínculo meramente asociativo”.

(65) Juan Pablo II, *Novo...*, n. 30.

(66) *Ibidem*, n. 30.

- (67) *Ibidem*, n. 30.
- (68) *Ibidem*, n. 31.
- (69) *Ibidem*, n. 31.
- (70) *Preces Selectae*, Adamas Verlag, Colonia Cura et studio, Dris. Joannis Vilar, 1989, p. 32.
- (71) Juan Pablo II, *Novo ...*, n. 58.
- (72) Sínodo de los Obispos, *Mensaje de la Asamblea especial para América*, n. 3, Roma, 16–XI – 12–XII–1997.
- (73) Mons. Javier Echevarría, *Prelado del Opus Dei, Intervención en el Jubileo de los Presbíteros*, Roma, 17 de mayo, Año Santo, 2000.
- (74) Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 513.

.



PROMESA

Editorial

Antropología

Dirección: Jutta Burggraf (Alemania)

Hacia una nueva comprensión de la sexualidad humana / Jutta Burggraf

Hacia un nuevo feminismo para el siglo XXI / Jutta Burggraf.

Una perspectiva cristiana en un mundo secularizado / Jutta Burggraf.

In der Schule des Schmerzes (En la escuela del dolor) Jutta Burggraf.

¿Qué quiere decir género?: en torno a un nuevo modo de hablar / Jutta Burggraf.

¿La mujer o El segundo sexo? Dos propuestas de educación según Edith Stein y Simone de Beauvoir / Jorge Mario Cabrera.

Arte

Dirección: María Antonia Frías Sagardoy (España)

Letter to artists / John Paul II (Preface: Helena Ospina).

Biografías

Dirección: Gustavo González Villanueva (Guatemala)

Ernesto Cofiño Ubico: un médico apasionado por la vida / Gustavo González Villanueva.

Centenario

Dirección: PROMESA (Costa Rica)

Un mundo de milagros / Flavio Capucci.

La santidad sacerdotal en los escritos y en la vida del Beato Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer / Gustavo González Villanueva.

Cine

Dirección: Pedro Antonio Urbina (España)

Cuento

Viaje a Belén / María Rosa Noda.

Educación

Dirección: Concepción Naval (España)

Confiar: cuna de la sociabilidad humana / Concepción Naval.

En torno a la educación moral y cívica: el caso español /

Concepción Naval, Concha Iriarte, Javier Lasपालas.

Espiritualidad

Dirección: Javier Abad-Gómez (Colombia)

Camino / Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mater admirabilis / Sabine de Valon.

Recuerdos de la Cruz / María Rosa Noda.

Cuando habla el corazón / Javier Abad Gómez.

Oraciones para todo instante / Javier Abad Gómez.

Familia

Dirección: Ana María Navarro (España)

Familia y Sociedad / Ana María Navarro.

Encuentros Culturales

Dirección: PROMESA (Costa Rica)

Encuentros Literarios, Filosóficos y Artísticos. IV Jornada Nacional de Reflexión Omar Dengo / Universidad Nacional, Centro Cultural Español.

Filosofía

Dirección: Cecilia Echeverría (Costa Rica)

Al filo del milenio / Fernando Araya.

Reflexiones en torno al liberalismo / Cecilia Echeverría.

Historia

Desafíos de la cultura contemporánea para la conciencia cristiana / Mariano Fazio.

La Evangelización en América y sus retos: respuestas de los protagonistas / Elisa Luque.

Literatura

Dirección: Jorge Mario Cabrera (Costa Rica)

Siembra de ilusiones / Estrella Cartín de Guier.

Milenio

Novo millennio ineunte / Juan Pablo II (Prólogo: Josep-Ignasi Saranyana).

Dominus Iesus / C. para la Doctrina de la Fe (Prólogo: Jutta Burggraf).

Familiaris Consortio / Juan Pablo II.

Mulieris dignitatem / Juan Pablo II.

Redemptoris Mater / Juan Pablo II.

Moda

Señora de la Moda / Eva María Reschreiter.

Orientación Familiar

Dirección: María Adela Tamés (Colombia)

Para educar mejor a los hijos / Regina Fuentes.

Educación de la fortaleza y la templanza / María Adela Tamés.

Pedagogía del corazón / María Adela Tamés.

Poesía www.arvo.net

Dirección: David Mejía Velilla (Colombia)

1. *Ars Poetica* / Helena Ospina.
2. *Canción del huésped aguardado* / Gustavo González Villanueva.
3. *Glosa del amor bien pagado* / Gustavo González Villanueva.
4. *Una rosa encendida* / Gustavo González Villanueva.
5. *Almendras de oro* / Gustavo González Villanueva.
6. *Luna de cristal* / Gustavo González Villanueva.
7. *Diario de un Mediterráneo* / Helena Ospina.
8. *Nanas del Adviento* / Gustavo González Villanueva.
9. *El Cantar de los Cantares* / Helena Ospina.
10. *Poiein: génesis del verbo poético* / Helena Ospina.
11. *Diálogos, paréntesis y silencios* / Helena Ospina.
12. *Entre la luz y el viento* / Gustavo González Villanueva.
13. *Isla de sol y sal* / María Rosa Noda.
14. *Tierra que sufre* / Gustavo González Villanueva.
15. *El ciprés mecido* / Gustavo González Villanueva.
16. *¡Abrid las puertas!* / Helena Ospina.
17. *La voz y la fuente* / Gustavo González Villanueva.
18. *Siglo Veintiuno: Belén* / Gustavo González Villanueva.
19. *Crisol, Fuego, Gemas* / Helena Ospina.
20. *Splendor formae: Hacia un concepto de poesía* / Helena Ospina.
21. *Loa en la Antigua Guatemala: Romances del Viernes y Sábado Santo* / Gustavo González Villanueva.
22. *Stabat Mater* / Helena Ospina.
23. *Cantata a las Artes* / Helena Ospina. (Finalista, Premio Joaquín Gutiérrez Mangel, Facultad de Letras, Universidad de Costa Rica).
24. *Eva-María: Drama del genio femenino* / Helena Ospina. (Clasificación por parte de América Latina en el Jubileo del Mundo del Espectáculo, Roma 2000).
25. *Razón necesaria* / Gustavo González Villanueva.
26. *Gracias, Padre* / Antonio Yglesias.
27. *El enigma de la almeja* / Gustavo González Villanueva.
28. *Intimo anhelo* / María Rosa Noda.
29. *Splendor Personae: Poética de una vigilia* / Helena Ospina.

30. *Cal y Canto de la Antigua Capitanía* / Gustavo González Villanueva.
31. *Divino Artífice* / Helena Ospina.
32. *Al aire de tu paso* / Gustavo González Villanueva.
33. *Splendor glorie: Estética de una belleza esponsalicia* / Helena Ospina
34. *La pena del tiempo* / Gustavo González Villanueva.
35. *¡A la mar!* / Helena Ospina.
36. *Bouquet de violettes* / Victoria Garrón de Doryan.
37. *Lugares* / María Rosa Noda.
38. *Loa en la Antigua Guatemala: Cavalcavía del tiempo* / Gustavo González Villanueva.
39. *Divina Herida* / Helena Ospina. (Finalista, Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, España 1998).
40. *Canciones del amor bien pagado* / Gustavo González Villanueva.
41. *Andadura de vida* / Helena Ospina.
42. *Llama que arde* / Javier Suárez-Guanes.
43. *Bitácora de La Antigua Guatemala* / Gustavo González Villanueva.
44. *Incesante clamor* / Pedro Antonio Urbina.
45. *Canto continuo* / David Mejía Velilla.

Temas de Actualidad

Dirección: Jorge Scala (Argentina)

El poder de la confianza: El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y las mujeres / Jutta Burggraf.

I.P.P.F. : La multinacional de la muerte / Jorge Scala.

El aborto: en preguntas y respuestas / Jorge Scala.

Género y derechos humanos / Jorge Scala.

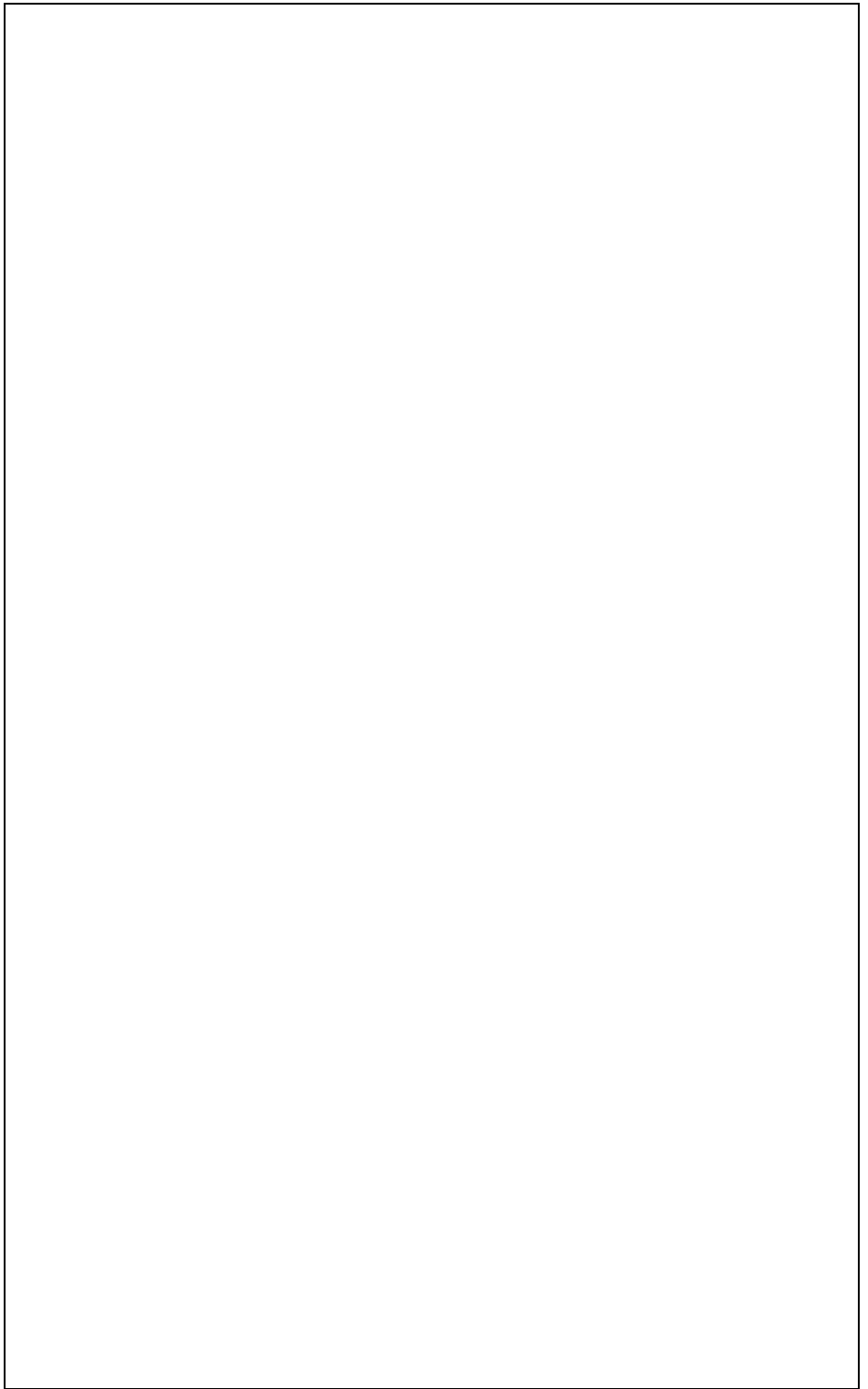
El derecho a la vida y la inconstitucionalidad de la fecundación in-vitro / Hermes Navarro del Valle.

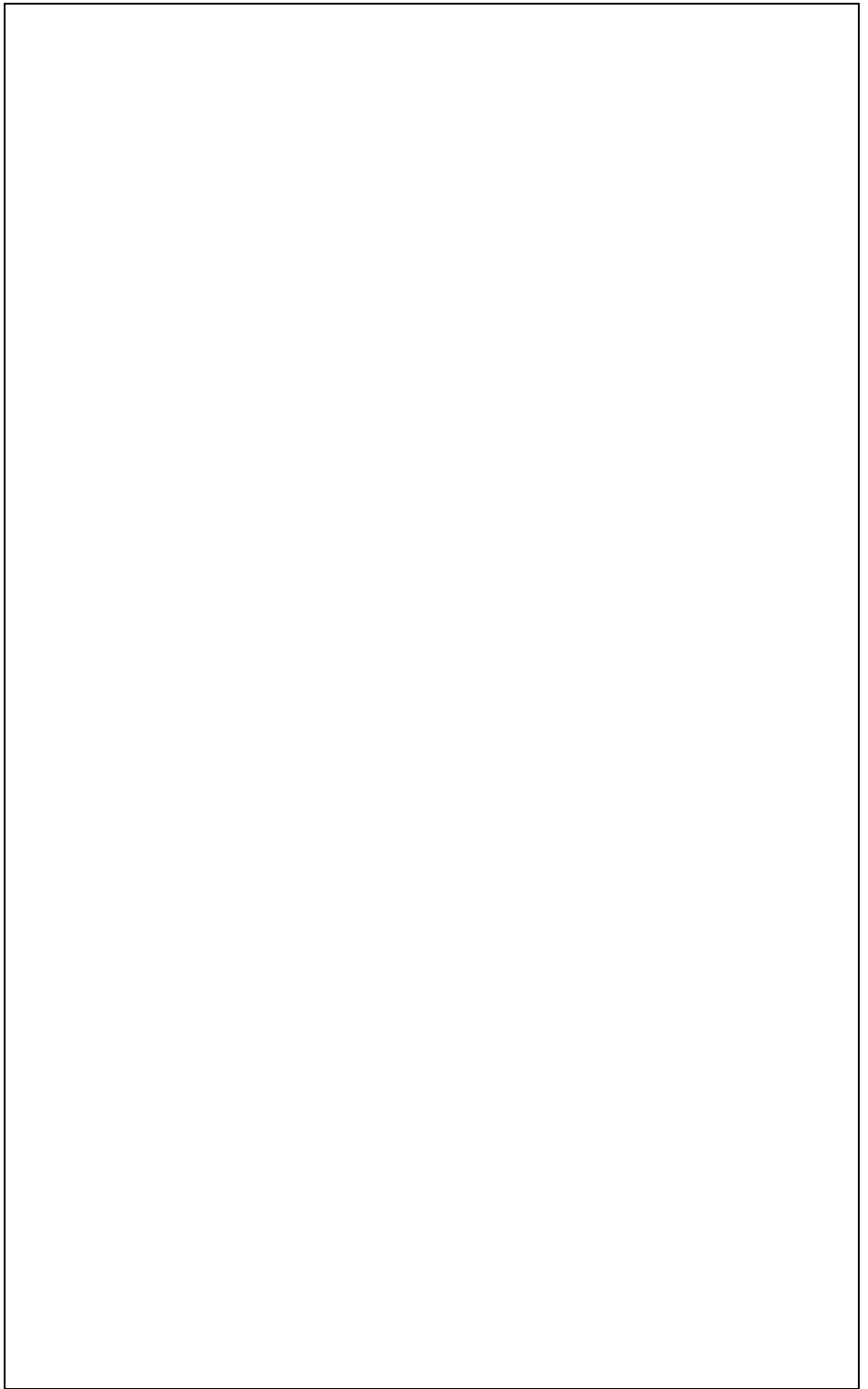
Teología

Dirección: Josep-Ignasi Saranyana (España)

Teología de la mujer, teología feminista, teología mujerista y ecofeminismo en América Latina (1975-2000) / Josep-Ignasi Saranyana.

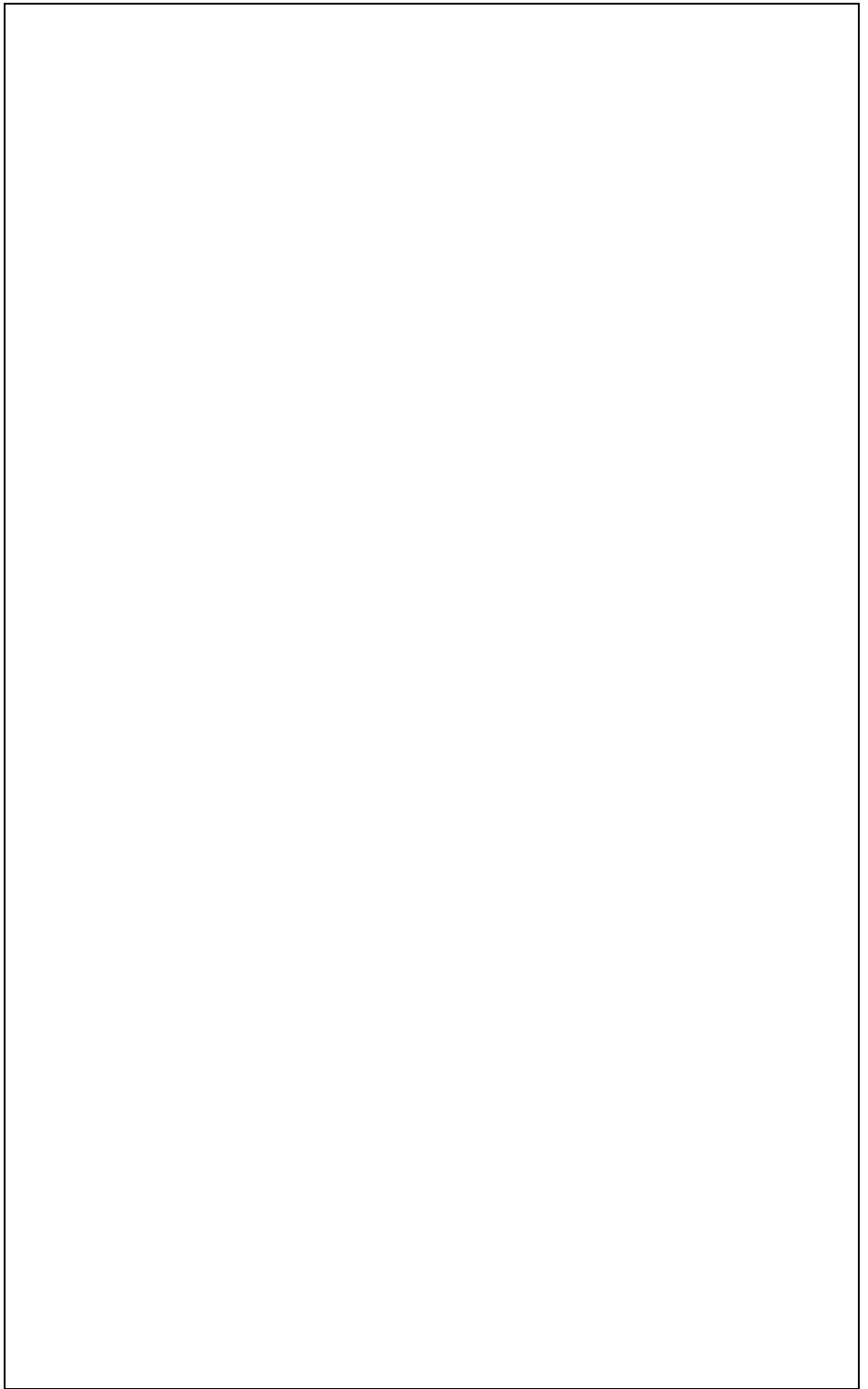
La razón de nuestra alegría / Jutta Burggraf.





GUSTAVO GONZÁLEZ VILLANUEVA, nació en la Antigua Guatemala. Doctor en S. Teología por la Pontificia Universidad Lateranense (Roma); Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Navarra (Pamplona, España); Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la misma Universidad de Navarra. Estudió Derecho y Filosofía en la Universidad de San Carlos (Guatemala). Entre sus publicaciones figuran las comprendidas en el *Proyecto Cultural de Interrelación de las Artes* PROMESA, de las que cabe destacar: *Cal y Canto de la Antigua Capitanía* (Casa de la Cultura, Antigua Guatemala); *El enigma de la almeja* (Encuentros Culturales, PROMESA, San José, Costa Rica); *Loa en la Antigua Guatemala* (VII International Symposium on Philosophy and Theory of Culture: Symbols, Images, Stereotypes of Contemporary Culture, San Petersburgo, Rusia).

Los escritos y la predicación del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer recuerdan incansablemente esta magnanimidad divina: todos, absolutamente todos, llamados a la plenitud de la perfección. Nadie puede decir “no puedo”, porque Cristo nació, murió y resucitó por todos y a todos nos busca y nos llama. No depende del estado –señala el Beato Josemaría– sino de la personal correspondencia en la lucha constante por estar en gracia de Dios y ser conformes a Cristo. Gracia personal, correspondencia personal. No cabe el anonimato. Ahora bien: todo esto es común a los fieles cristianos. ¿La vocación sacerdotal sitúa en una espiritualidad diferente, más avanzada; una espiritualidad, en definitiva, distinta de la de los laicos? *El sacerdocio* –dice el Beato Josemaría en la Homilía *Sacerdote para la eternidad*– *lleva a servir a Dios en un estado que no es, en sí, ni mejor, ni peor que otros: es distinto. Lo distinto es que la vocación de sacerdote aparece revestida de una dignidad y de una grandeza que nada en la tierra supera. Hace tuyas las palabras que Santa Catalina de Siena pone en boca de Jesucristo: “No quiero que mengüe la reverencia que se debe profesar a los sacerdotes, porque la reverencia y el respeto que se les manifiesta, no se dirige a ellos, sino a Mí, en virtud de la Sangre que yo les he dado para que la administren. Si no fuera por esto, deberíais dedicarles la misma reverencia que a los seglares, y no más... No se les ha de ofender: ofendiéndolos, se me ofende a Mí, y no a ellos. Por eso lo he prohibido, y he dispuesto que no admito que sean tocados mis Cristos”.*



Este libro se terminó de imprimir el
9-I-2002,
en los Talleres de Gossestra Intl., S. A.
de San José, Costa Rica.
Su edición consta de 500 ejemplares
en bond 20, con portada en cartulina barnizable tipo 12.